

Eduardo Laureiro

Algo así

Laureiro, Eduardo

Algo así. - 1a ed. - Buenos Aires : Malvario, 2008.

130 p. ; 21x15 cm. (Extramares; 4)

ISBN 978-987-23418-4-8

1. Poesía Uruguaya. I. Título

CDD A861

A mi amigo y mentor

Américo Ferrari

Algo así de Eduardo Laureiro©

Ediciones Malvario - Albatros

Colección Extramares

Diseño: Malvario

Registro de Logo y marca en trámite

ISBN: 978-987-23418-4-8

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Migueletes 1618 - C1426BUZ - Buenos Aires - Argentina

6, rue Charles Humbert (1205) - Genève - Suisse - CH

www.malvario.com.ar

www.librairie-albatros.ch

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2008

en *Altuna Impresores*, Doblas 1968, (C1424BMN) Buenos Aires, Argentina.

altunaimpresores@ciudad.com.ar

EL HERALDO

Cruzó las calles sucias y desiertas de un amanecer templado que iba a ser último. El rojo de una rosa le resolvió los ojos pero le dejó indecisa, para siempre, una mirada que no llega a expresar por completo ninguna faceta de su ánimo.

Cruzó el patio de baldosas agrietadas y ya empezaba a dejar atrás el establo y los mugidos de tristes bestias mansas —entre dientes se despedía de sus dioses y sus seres queridos, intercalando alguna que otra maldición— cuando sucedió el colmo: la memoria, escurrida (simultánea, aunque prófuga), colgando del brazo izquierdo de su sombra, se inclinó a saludarlo.

Cruzó de golpe la fina lámina de acero, sin aprensión, sin arrojo, porque sabía que una ignorante cimitarra no era capaz de hacer mella en la estatura del espíritu. Alcanzó a oír por última vez los mendrugos de su voz que, anticipada, aún deplora la indigencia del sonido que recordará de sí misma cuando todo termine.

INTERMEZZO

He olvidado los principios. Dejé el sombrero bordado de tardes apacibles en el jardín de la tumba. Hermosa tumba, cubierta de riscos helados a la hora más alta. Dejé también la apuesta cifrada a la gloria en una granada con esquiras de tiempo (acaso ya la apuesta era de otro).

Abandoné el gesto total de la infancia en el sudor de una clara tarde sin templos. Este pedazo de vidrio que todavía refleja, en el salón de mis suicidios postergados, cada uno de sus tercos renaceres, seguirá dándole razón al aire que se pavonea ufano por las exaltaciones del pulmón. El resto importa poco. Es un paisaje lacio sin relojes que arrastra su tumulto de furias y abluciones. He olvidado los finales.

VOZ DE BRUMA

Hay una verdad en los ojos y otra en el choque cierto de dos manos, una que sube y otra que baja, o que sube y que baja al mismo tiempo, como las rayas del tigre de Borges.

Hay un silencio que sólo el fin de la lluvia puede convocar; es un intervalo estanco de soplidos y pausas, añicos y paréntesis, restos de frases musicales congeladas en su estuche de bruma y alelí.

Hay que admitir que los domingos de tormenta vendría bien ser pescado. O por lo menos trébol, semejanza, un nimio sonido atávico y plural, un andar neutro sobre los pasos del viento, como un eco extraviado, impenitente, enfurruñado con la repetición y más cerca de la mudez que de la vagarosa charla de nuestros labios terrestres.

ARQUETIPO OLVIDADO EN UN RECUERDO

Inútil es hablarle al universo de continuidad. Con él, sólo es posible dialogar a partir de un cálculo. Obligado estarás en su comercio de platicar frases concéntricas, ordenadas como cifras, de mayor a menor, como los años circulares de un ombú, si lo miras al alma, pero con lente periscópico —manteniendo a la vista el redondel más alejado, ya casi evanescente, de los que provocó la piedra al quebrar el agua.

Algo similar ocurre con nuestro bagaje de recuerdos. Una capa de nuestra memoria crece junto con la experiencia vital. Hay otra capa, empero, que no crece, salvo antes de la vida o después de la muerte, y por eso creemos que no es nuestra... Craso error: por eso mismo lo es todavía más.

Solamente que no viene, digamos, de aquí, no crece en este lugar, en este campo mnemónico: no es el resultado de nuestra yoedad. Su pronombre singular es colectivo; su individualidad es plural. Su existencia en el tiempo es foránea al ceñido concepto de transcurso en el que a cada individuo le es dado operar, indiferente a los apremios del antes o el después enmarcado en los límites de un acontecer humano. No es tuya ni mía, no fue ni será de nadie, ni siquiera de todos, ni siquiera en parte. Si a alguien pertenece es a la eternidad —para que siga especulando con su significado.

DÉFICIT SINESTÉSICO

Cuanto más conoce la frágil armadura del hombre ante la irrevocable estrictez de sus límites, cuyo norte sin embargo él mismo determina, así como la complejidad de los fenómenos dichos ordinarios, la brutal hermosura de la naturaleza y la simple pureza de sus leyes, más se maravilla ante la perfección que rozan los sentidos y menos capaz se siente para transmitirla. Esa es su congoja.

Quisiera apresar el aroma de un almendro, cuando estallan los primeros brotes al despuntar la primavera, dentro de la desgarradora última nota de un violonchelo que acaba su larghetto en una sinfonía de colores, mientras cae el crepúsculo a llamaradas lentas sobre el mar y una franja de indigo se tiñe de cárdena y se hunde casi sonriendo, con el gesto travieso del índice sobre el pastel. Pero no lo consigue. Esa es su congoja.

Quisiera expresar —en sonidos que sean aromas que sean los colores del tacto— la urdimbre de su congoja. Pero no lo consigue.

LA OTRA ORILLA

Oscuros de humo y olvido, bañados por una salva de reflejos contra el telón de fondo de la noche marchaban silenciosos, aguerridos de sombra por la resbaladiza tangente del cero, allí donde el límite es un árbitro mudo y la ironía un eje sin alrededor, sin apuro, marchaban, cargando a la espalda su edad caducada bajo un temblor de luna que invitaba a danzar, como polillas ciegas, ya nunca más hostiles a la luz, interminables, concéntricos redondeles de espera, sin esperanza marchaban, asidos de la mano sigilosa del miedo, hasta donde el temor no es sino la única forma posible de coraje, donde toda creencia es poder que no salva y el futuro una trampa de sueños enjaulados, como trapos de nubes colgadas al margen del día, taciturnos, marchaban, y uno a uno montaban cansinos en la barca final de Caronte, con los párpados altos de azufre y alcanfor y la lengua teñida por el metal del óbolo, impertérritos, obvios, surcaban las aguas de tinta, mecidos por las olas que iba forzando el remo, desde ya para siempre intocables, supremos, como si hubiesen empezado a ser partículas de nada, destellos de un azar acontecido, irrepetible, fulgor de negro en chispas de oscuridad, subterfugio de estrellas bajando desde el peldaño último al panteón del silencio, por andenes que daban a un número usado, avanzaban, difusos, con el hálito inmóvil y el porvenir exangüe, desandando en cuclillas los pasos del ruido hasta el canto del grajo de la negación, el de pico de sombra (la voz partida en música), con los ojos lavados en su cáliz leteico, cruzaban sin aliento, dispensables, cumplidos, hasta el

canto del grajo de la afirmación que lanzaba su treno: "has jugado a perder y has ganado".

UNA VEZ MÁS

Hoy se ha agravado el blando peso que corroe sin que uno lo advierta siquiera. Hoy ha prosperado una vez más la obviedad. A empujones, a tientas, a zancadas de bruma se aventura y ensancha su evidencia. A hurtadillas, en ciernes, vuelca su latitud de sombra derretida por los hemisferios de la repetición.

No es un dolor simbólico que paraliza los poros. No es una herida fresca como un La Sostenido entre las rejillas circulares de una rosa. Es la obviedad: estafa sin engaño. Mancha de tinta escupida por el temor de un pulpo que, ingenuo, se escondiese debajo de su ausencia.

Hoy el mundo ha quedado un brillo más pequeño, una alegría menor, un bacilo más próximo. La víspera mira por el retrovisor de la conmemoración; al costado del aire empezado un gallo campaneaba sin acordar. Como cal que oscurece, como tizne de guerra, como piedra lanzada al agua del espíritu, así emborrona transparencia su ventosa coloidal.

No es una metamorfosis de misterio en rutina. No es una zancadilla en el asombro. Es la obviedad, engrudo para pegar recortes de alma. La redundante gris, la del eco adhesivo. Es la obviedad, no olvides el impermeable. Es la obviedad, llueven grumos de inconciencia.

HASTA ENTONCES

Un día de estos voy a juntar mis huecos en un atado voy a cortar mis amarras y hacerme a la mar al desierto a la montaña. En esquife o camello en trineo voy a lanzarme por la vía del provecho hasta los confines de la posibilidad.

Voy a dejar de lado mi docta ignorancia un día de estos voy a quitarme el pudor ortopédico y las indefectibles muletas de virtud para cruzar la jungla y el asfalto hasta desmenuzarse un ripio de verdad.

Hasta la última gota de certeza que el futuro pueda depararme hasta el mínimo grano de lo improbable ínfimo voy a buscar un día de estos seguro que algo encontraré. Algo de frágil inaudito. Algo de conmovedor.

Voy a dejar de ser un tipo lamentable un día de estos voy a saldar las cuentas con mi ridiculez y me voy a echar a andar. Escarbaré en mis cauces genuflexos. Revocaré el mandato de mi claudicación.

Para no sentirme nunca más avergonzado de mi insignificancia voy a actuar un día de estos voy a hacer como si fuese un individuo hecho y derecho como si las emboscaduras del camino no pusieran corchetes en mi porvenir. Ya no mendigaré presagios al rocío. Ahuyentaré los pájaros de abril.

Un día de estos voy a tomar conciencia de este fútil pavoneo por la existencia voy a juntar coraje un día de estos voy a lanzar el guante al rostro del absurdo y afrontar sus legiones de embuste y necedad. Esparciré mis señuelos en zozobra. Ofrendaré al discurso las perplejidades de mi convicción.

Unificado al fin con el chimpancé que me protagoniza en el teatro del mundo un día de estos voy a hacer la paz entre lo que creo y lo que es un día de estos voy a intervenir. Vaciaré de la bolsa mis trofeos. Sonreiré al mañana desdentado como un cartel de neón.

Voy a aprender con cautela la higiene del alma un día de estos —el regreso al asombro en los ojos de un niño— voy a volver a empezar. Renunciaré a mis alas por encima. Acordaré mis tambores al ritual (porque sólo la música hace que forma y contenido sean inseparables).

Un día de estos voy a declarar que el mundo es lo más hermoso del mundo para poder seguir cantando la belleza voy a abrirle las venas al silencio un día de estos voy a intervenir. Ascenderé al extremo de mi ahora. Escanciaré los números del tiempo hasta la hez.

Voy a encontrarte allí donde poesía se junta con aliento un día de estos voy a apagar la oscuridad para mirar adentro voy a golpear un manojo de raíces despiertas contra las paredes del sueño un día de estos voy a intervenir.

Algo de aquello

*Era primavera y los árboles
volaban a sus pájaros*
Paul Celan

DESBANDADA

Nunca peregrinan solos. Siempre salen en tropel o aparatosas comitivas, pero a poco andar el alboroto se diluye en procesiones de silente multitud. Antes de alzar de la tierra la raíz más profunda verifican la robustez del tronco, el *tonus* de la savia y la flexibilidad de las ramas, sacuden el follaje con el fin de aligerarse de las hojas caducas, poco aptas para una larga travesía, y pasan lista. Si, por fortuna, no es de lamentar ninguna ausencia, felices emprenden su peregrinación.

Pero si alguno de los inscritos en la lista no dice "Presente"... No hay nada que hacer. Los astros no son propicios; otra vez será. En general, las ausencias —a menudo de cedros y baobabs— se aceptan como un impedimento insoslayable y poco a poco la congregación se dispersa, aunque malhumorada y a regañadientes, para volver a su dominio nemoroso. Sin embargo, puede ocurrir (de hecho ocurre las más de las veces) que el comprensible descontento por el paseo turístico frustrado degenera en sedición: entonces verás imponentes edificios de naturaleza salir volando hacia los pájaros —que, aterrorizados, los miran venir— para buscar cobijo en la tersura de sus pequeñas alas, siempre tan hospitalarias.

MENSAJE CIFRADO

Un hombre antiguo se desviste de su ropaje terrestre –guarida provisoria, bozal de carne y hueso, ciclo de polvo cumpliéndose en motas que el viento irá llevando. Deja caer el escudo sobre el piso y se quita el casco de un tirón del penacho magenta. Al empuñar la espada para hacer el signo de merced a los dioses por la victoria en ésta, su última batalla, vuela una ráfaga de polen sideral (en vano se pregunta el significado) que lo obnubila y le obliga a pensar: nada es definitivo, ni siquiera el milagro de existir, porque todas las cosas visibles aspiran al límite.

Demasiados recuerdos. Demasiado olvido. Pese a la vastedad de sus riquezas, es el monarca diminuto de un reino ínfimo. ¿A santo de qué, entonces, este desmesurado afán superlativo? Es hora de saldar las cuentas con la dimensión, dictamina. Tiene prisa de tumba, sed de origen. Quiere que el tiempo disgregue su cuerpo laso como la carcajada del agua se multiplica en un fiordo, sin veste pasajera, sin máscara ni rostro, prendido en una chispa fugaz de eternidad.

En ejercicio de su nueva autoridad minimalista declara abolida la ley que unía su esqueleto a la esperanza y carga al hombro el morral con sus huesos taciturnos. Se arranca la memoria por el cuello, como una piel percutida bajo un tatuaje de símbolos. Guarda el Ut que lanzaba el grito de guerra entre dos latones flojos de su armónica ronca –ya no instrumentará labor de lágrima.

Contempla el mapa que el tiempo ha ido cavando en las palmas de su mano (para acostumbrarlas a decir adiós) y hunde

la mano derecha en el cajón: saca una pluma de ganso y un trozo de papiro amarillento. Escribe: “para poseer la realidad no basta con vivirla –hay que imaginarla”.

*

Un hombre moderno se viste con gestos de autómeta. Desayuna de pie, sin masticar el pan, sin alcanzar siquiera a saborear el café. Tiene apremio por abocarse a sus asuntos. Su agenda está repleta de falsos compromisos con las falsas dinastías del dinero.

Mientras su espalda acepta, desdeñosa, la tersura del cashmere, recuerda que sobre la mesa de mármol de Poros debe estar apilado su correo. Al barajar los sobres uno de ellos le llama la atención. Rompe el precinto lacrado con cera granate y saca un trozo de papiro atravesado por una línea de extraña, inquietante pero seductora caligrafía. Ignora los signos que tejen la fábrica de esa escritura.

Sin embargo los observa largo rato. Mirarlos le hace bien. Al atarse el zapato sobre el taburete de la entrada, algo lo lleva a pensar: qué pérdida de tiempo, todo esto. Qué estupidez, este burdo simulacro. Entonces se quita el abrigo el traje la corbata, enfunda una andrajosa túnica de lienzo y declara su vida dedicada a la contemplación. A partir de ese día, encaramado en la torre de la plaza, repite a los que pasan el monótono refrán: “para vivir la realidad no basta con poseerla –hay que imaginarla”.

DIVIDENDOS DEL NO

Malaquíás araba. A dos surcos del buey cayó un trueno. El fulgor, mientras explotaba rajando el firmamento, se inmovilizó una décima de segundo a la altura de sus ojos y parpadeó, o más bien centelleó, como haciéndole un guiño de sobrentendido, y antes de derrumbarse con estruendo, preguntó: “¿es aquí, verdad?” Aún hoy no podría explicar cómo logró entender lo que decía su voz atronadora, ni porqué, sin dudar, contestó bajando la cabeza con gesto afirmativo y dijo: “Sí”. Lo único que sabe es que no hubiera sido capaz de contradecirlo.

A partir de ese instante Malaquíás quedó transformado en holograma. Y así se efectuó, a grandes rasgos, lo que podría calificarse de último salto conocido (habrá que definir si hacia delante o atrás) en la escala evolutiva, es decir el pasaje de *homo sapiens* a *homo opticus*. En otras palabras, su cuerpo, impreso en una imagen óptica, quedó cautivo en la placa de celuloide amarillento, o como dice la prensa -no sin cierta falta de respeto- se convirtió en negativo. Este caso muy poco común de mutación naturalmente inducida tuvo lugar hace ya casi medio siglo. Desde entonces no ha pasado un solo día sin que el desafortunado retornase al mismo sitio, a la misma hora, con la esperanza de recuperar, trueno redentor mediante, su masa corporal y su estructura ósea. Por el momento sin éxito alguno. Esperemos que, al fin, un día...

Ahora bien, lo que todos nosotros, profesores y estudiantes, no podemos sino lamentar, es que una intervención celeste

de tal magnitud haya decidido mostrarnos su colosal poderío para luego desaparecer sin dejar ningún indicio, ninguna clave, ni el más mínimo gesto solidario con nuestra voluntad de entendimiento. Porque... [Aprieta un botón que apaga la luz y hace bajar una pantalla en la que se visualiza una imagen] como todos sabemos, Malaquíás... [Levanta el brazo derecho con lento movimiento rotatorio hasta petrificarse en una pose semejante a la de César esculpido por Praxíteles, soberano en su sombra retratada contra la pantalla] no está en condiciones de darnos una explicación. [Los estudiantes clavan ojos inquisidores en la imagen proyectada de Malaquíás y su buey; el primero con el rostro furibundo atravesado por una sonrisa beatífica bajo el sombrero de paja destejido, el último ostentando bajo el yugo toda la paciencia del mundo mientras masca la consabida margarita.]

Y ahora nuestro deber es encontrar esa explicación. Veamos, ¿qué sintió el *homo opticus* en ese trance crucial? ¿Cómo ha sobrellevado, durante 48 años, su desgarrador exilio interior? ¿Qué siente ahora, por ejemplo, cuando se dirige cada atardecer al sitio donde su vida real fue machacada y convertida en álbum de recuerdos? ¿Podemos sacar de su drama una moraleja?

Alumno 1: “Él era... ehr... es... una secuencia de un film que se escapó de la cinta, como una rana que al saltar del estanque no aterriza sino que queda suspendida en el espacio con las cuatro patas abiertas.”

Alumno 2: “Desde mi jardín yo lo veo cuando pasa delante del farol: camina dentro de una radiografía como la de mi tobillo aquella vez que...”

Alumno 3: "Él quisiera hablar, para contarlo, pero la voz le sale transparente."

Alumno 4: "Llora cuando los niños le gritan 'espantapájaros voltaico'."

Alumno 5: "Antes de decir 'Sí' hay que pensárselo dos veces. Después hay que cambiar de idea y decir 'No', sobre todo si no te interesa salir en la foto."

ERRATA

Tenía el cráneo tan duro como el yelmo de un gladiador húmeda y sin embargo no lograba sus propósitos. Una indolencia mular le obligaba a dejar para después todos sus planes, por modestos que fuesen, aplastando de raíz hasta el más solícito brote de intento. "¿Qué es lo que me sobra, qué es lo que me está haciendo falta?" —se preguntaba, ecuánime, durante largas noches de meditación, al filo de lunas morosas ancladas en su concavidad. Banalizar las cosas, eliminar el lastre de la circunspección, dejar de tomar mi pequeño ser tan en serio y suprimir esta rémora que frena el avance de mis actos sobre el vasto mar de la acción —concluyó por fin, y selló el corolario con una promesa. "Sea, a partir de este momento me declaro trivial, inconsistente y ligero como un apretón de manos con el aire".

Dicho y hecho: inició sin demora la cuenta regresiva. Se fue plegando en las cuñas de la evanescencia, como una mancha de tinta que al doblar el papel dibuja una madrépora. Alcanzó a dominar los oficios del doblez aparente, la dimensión apócrifa y el adosamiento a hendiduras y recovecos, se compenetró con los hiatos del transcurso en pleno centro de la inmovilidad, allí donde la materia deja de ser compacta para emanar un vaho feble, una condensación de vapores erróneos.

Fue limando las evidencias de su rastro hasta burlar los preceptos de la anterioridad. Un día, al despertar, se levantó y caminó dos pasos. Al tercero se dio cuenta de que su andar no hacía ruido. Eximidos del afán de perpetuarse, sus

pies habían aprendido a marchar del revés, como un reflejo especular, bajo su propia huella. No se sabe si en el limbo, la ataraxia o la ignota eternidad, pero se afirma que llegó a saborear los deleites de la desintegración.

TEOMÉTRICA

Curiosos y vanos, sin saber lo que hacían, juntaron media docena de puntos, los achataron bajo la suela del zapato y los pusieron en fila: así nació la línea.

El hallazgo fue aclamado como una revolución de la perspectiva. En cuanto hilera de puntos eslabonados uniformemente, sin identidad ni distinción alguna, el concepto de línea representó una victoria del espíritu colectivo frente al individualismo del punto y marcó el declive de este último como favorito del reino geométrico. A partir de entonces el punto dejó de hacer mella en el plano. La autarquía de su redondez perdió todo prestigio. Le fueron retiradas sus prerrogativas de señal de marcación, al igual que su autoridad como final de frase y las inmunidades resultantes de su valor de As en la baraja. Con el tiempo fue relegado y se le excluyó, por asimilación a la mancha, del sistema caligráfico y de la iconografía.

Ahora lo importante era la línea. Entender la línea, domesticar la línea, explotarla de la mejor manera posible. Unos le atribuyeron fabulosas virtudes; otros pusieron en tela de juicio su utilidad e incluso presintieron en ella una amenaza: así se entabló el debate.

“Sirve tanto para unir como para separar” —adujeron unos.

“Pero no hace por completo ninguna de las dos cosas —replicaron los otros— ya que todo depende del ángulo por donde se mire”.

“Milita a favor de la conquista del espacio, vale decir que se puede utilizar como un trampolín para expandirse, surcar un

día el firmamento y atesorar sus riquezas —agregaron unos. La línea, señoras y señores, ofrece la oportunidad de trazar nuevos horizontes, apropiarse de lo que pudiese haber más allá y amasar grandes, enormes fortunas. La línea es el progreso”.

“Hay que tener cuidado con el progreso —advirtieron los otros. Sus ofertas a menudo son tramposas, suelen cobrar un tributo abusivo y, en general, favorecen a muy pocos”. Avanzaba la noche; subía el tono; se prolongaba la disputa. Cuando el clarín del gallo explotó, sentencioso y dramático al amanecer, como una salva de corcheas sobre los griteríos de la multitud, hubo que poner orden. Dividiendo los adoquines de la plaza, la línea, altiva como un reto, ocupaba un lugar de honor.

Las facciones se fueron polarizando: de este lado de la línea los que están a favor, del otro lado los que están en contra. Los unos quieren otorgar a la línea galardones de infinito potencial, coronarla y dejarle gobernar el espacio; los otros expulsarla, destronarla, fisiónarla y revertir su soberanía al punto.

—“¡Banda de mojigatos entusiastas! gritaron voces del montón, a la derecha. ¡Beatos con sonrisa de hienas evangélicas!”

—“¡Separatistas, idólatras de falsas deidades! ¡Íncubos de satán!” gritaron voces del montón, a la izquierda.

Tratábase sin duda de un pueblo ilustrado, o por lo menos con nociones de griego y latín, ya que sus doctas injurias respetaban —y engalanaban con florilegios— el contenido etimológico de las palabras entusiasta (poseído por el espíritu divino) y satánico (*Diabolus*, el gran separador).

Dado que una de las facultades del lenguaje es mejorar al individuo y si —como suele ocurrir— ello no es posible, crear nuevos vectores de propagación, los dos bandos, que en un principio quedaron atónitos ante su propia (e inspirada, inesperada) elocuencia, se dieron cuenta que eso les abría una perspectiva innovadora.

Tanto es así que el conflicto se banalizó. Dejó de importar la línea. Esta resbaló sin miramientos por la misma pendiente que el punto y fue arrumbada a su lado en los hangares de adefesios geométricos. Se había encontrado un dilema mucho más interesante con el que ocupar los ratos de ocio: así nació la religión.

Algo de lo de más allá

*“... los bárbaros también apreciaban mucho al
dios de la ironía; lo machacaban con sus
tacones y lo vertían en sus platos.”*

Zbigniew Herbert

ASÍ NO, LIGIA

Una tarde Calíope, la Musa primogénita, decide saltar una ofrenda en el Monte Helicón y se echa a descansar en la ribera de un río caudaloso. Apoya la tabla de arcilla sobre el manto de liquen de una roca y comienza a rasgar con languidez las cuerdas de la lira. Pronto advierte, asombrada, que a cada nuevo arpegio el agua reverbera, se encrespa, silba y responde con un serpenteo sensual, que es tanto más urgente cuanto más íntima es la melodía.

No era un río cualquiera: era Aqueleo, señor de aguas y tormentas, amante de la música. De su unión nacen tres hijas, hermosas sirenas: Leucosia, Parténope y Ligia. No obstante su origen divino, el hado de las ninfas será cruel; Proserpina jamás va a perdonarles haber sido testigos impávidos del rapto. De su perturbadora belleza quedará sólo el rostro, y el torso, en vez de brazos, se adornará con infames alas de arpía. No se sabe qué capricho de la historia les injertó cola de pez (acaso el fervor supersticioso de los navegantes colaborara con la imaginación del joven Andersen). Lo cierto es que el oficio de estos seres enigmáticos es contradictorio: nacidos de la música, que es germen, con música deben generar la destrucción. Heraldos del amor y de la muerte, su sino es hacer naufragar barcos y aliviar, con el hechizo de su canto, el amargo descenso de la tripulación al Hades. El oráculo no falla: su vida acabará cuando un astuto navegante logre pasar el límite y cumpla así la profecía. Tampoco se sabe por qué Ulises y Orfeo se disputan los laureles —un solo héroe debería haber bastado para la triste hazaña.

Pero se sabe que el hombre necesita leyendas para magnificar su pequeñez y que los ojos de Ligia (dulzura añil profunda) al surcar el aire, antes de hundirse en el mar, no brillaban con rencor sino con límpida, serena conmiseración.

MAÑAS DE LA QUIMERA

Es una plaza céntrica, con las inevitables palomas que defecan sobre las no menos forzosas estatuas, por donde pasan a diario miles de personas y la vida fluye, tumultuosa, casi indiferente a su condición de fábula tirada como un envoltorio de papel. Bajo el parvo refugio de un chiringo en desuso la quimera ha alojado su continente de desdén.

Difícil es creer que esta triste mascota sin dueño haya sido, en su época, un monstruo aniquilador. El montón de periódicos le sirve de almohada, la botella de plástico con medio litro de tinto hace las veces de teléfono sin auricular. De todos modos —¿a quién podría llamar? El basilisco, su congénere más próximo, vaya uno a saber dónde andará... ¡Ese libertino! Seguro que en un lupanar mitológico, o entreverado en alguno de sus indecentes revolcones con Medusa. Seguro también que a esta hora sus tías, las Erinias, deben estar ocupadas haciendo crochet con la carótida de un héroe o un titán —siempre les cayeron mejor los faunos. A unos pasos del lecho ha aparcado su carrito de inmundicias, con el que parece estar muy encariñada, porque de vez en cuando le dedica una tierna mirada furtiva, casi maternal, como si tuviese miedo de que se lo roben.

Mientras lame su pata de cabra machucada deja serpentear ociosa su cola viperina. Las autoridades hacen la vista gorda. Los gendarmes le temen. Ella, impertérrita, con su fachada de garabato infantil y los ojos vacantes, desistidos, como buscando una imagen perdida en el agua, parece un ídolo blasfemo que por lealtad o convicción hubiese desertado de su propio destino.

Al pasar y mirarla de reojo unos piensan: he aquí la prueba de la humana determinación —no dejarse encandilar por espejismos. Al pasar y mirarla de frente otros piensan: el pobre tipo que dejó ahí tirada su imaginación se a va morir de una sobredosis de cordura.

Si le das una moneda, al oírla caer se sacude, atenta, la modorra, y levanta su fotogénica cabeza de león. Por tres monedas abre bien grandes las fauces y lanza una pequeña llamarada azul.

EL CASO CERBERO

Soy el perro más mísero de la creación. Me han dejado tirado, como una alimaña, en esta cucha hedionda, derelicta. Me da pena mi nombre. Maldigo esta vida can.

Mi amo y señor (el presunto poeta) se ha ido. No sé cuándo volverá —si un buen día lo hace. Una leve caricia en el cráneo y ¡Zas! desapareció. Desde entonces espero, cuadrúpedamente, espero, como el pobre infeliz que soy, un retorno que cada hora que pasa me resulta más conjetural. Pero estoy empezando a aburrirme: ¿qué hago yo aquí, convicto, desvalido, sin un hueso siquiera para roer? No merezco este trato.

Ningún perro merece este trato. ¿Es necesario, acaso, que explique por qué? Nuestra raza no necesita justificarse sobre el planeta, le basta con estar ahí, para servir, amparar y cuidar, sabe qué es la lealtad. ¿O tendría que ponerme a reivindicar nuestras virtudes, nuestra aportación al bienestar humano? Argüir, por ejemplo, que de la escala zoológica el perro es el más noble animal. El más amigable. Por lejos, mucho más generoso que el hombre —sobre todo después de comer. El más comedido y fiel...

Si el árbol es el pensamiento del paisaje, el perro es la chimenea del hogar.

A ver si se enteran, esos amos de fin de semana, apóstoles de una moral acomodaticia. A ellos les pregunto: ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¿Por qué les parece tan normal considerar que el perro es una especie de detritus animal, un sinónimo del sufrelotodo, del cabeza de turco, como si

el conocido adagio, en su versión moderna y anotada, rezara:
“Errar es humano, perdonar, canino”?

¡Pues no! ¡No estoy de acuerdo! Abandonarme así, como un
cero a la izquierda. ¡No estoy de acuerdo!

Y a ver si enteran rápido, porque la cosa no va a quedar ahí:
me vengaré.

Mordisquearé sus pantuflas a dentelladas lentas, matemáticas,
con la prolijidad de un rencor.

Regaré sus exuberantes plantas tropicales –de fragancia
meliflua, ahora puedo decirlo– con mi chorro más rancio y
demorado y ruin.

Profanaré el altar del frigorífico para darme un festín digno
de Pantagruel (por ahora no sé cómo haré, pero voy a inge-
niarme para descorcharle su mejor botella de Burdeos).

Le esconderé sus rimas tras una empalizada de ladridos.
Esparciré mis pulgas más atléticas por sus atiborrados
anaqueles –tal vez a falta de glóbulos rojos terminen optando
por el papel. Claro que antes podría, sí, claro, antes le voy
a pegotear con emplastos de baba las rústicas tapas de su
querido *Much ado about nothing*, a ver cuánto alboroto hace
por tan poca cosa.

Porque si se digna volver, el poeta, entonces sí va a enterarse
quién soy.

Y si por casualidad vuelve antes de que yo termine de
enamorarme como un loco de esa mujer que viene a darme de
comer (a juzgar por las letras color púrpura bordadas sobre
su túnica negra el nombre es algo parecido a... Perséfone)
no sé lo que haré, pero será terrible. Tal vez decida cambiar
de amo para siempre, o aülle lastimera, desconsoladamente,
durante varias lunas, o acaso ocurra algo peor.

Seguro que cuando vuelva, fatigado, buscando calor de
hogar, le alcanzará con verme para darse cuenta que no tengo
ganas de jugar al bufón.

Ahh... ¡no! Si el muy ingenuo se cree que voy a agasajarlo
con la servil monotonía de mi ¡Guau!

... puede esperarse sentado. No voy a ir a su encuentro. No
moveré la cola. No haré fiestas saltando alrededor como un
imbécil, no le daré ni un solo lambetazo. Puede mostrarme
el más apetitoso de los huesos... me dejará frío como un
salmón. Que lance, si quiere, la pelota de tenis mil y una
vez. A mí me dará... ¡ptsz!... exactamente igual.

Tengo cosas mucho más hermosas e importantes en las que
pensar. Por ejemplo, su rostro –el de ella– que es sublime,
refinado, escultural. Por ejemplo su andar, que es altivo y
majestuoso; soberana absoluta es su presencia; su voz, una
melodía arrulladora, celestial. Debo admitir, no obstante,
que la comida que ella trae y yo ingurgito de inmediato, sin
masticar, sin parpadear siquiera, y los brebajes que me hace
deglutir, a litros, mientras me da unas palmaditas sobre el
lomo que –¡juro por Dios!– me lanzan, como quien dice, al
otro mundo, tienen un gusto raro. Bastante raro, para hacerle
honor a la verdad. Un sabor a azufre, picantón, acidulado,
pero con un regusto empalagoso que se queda merodeando
por la boca, colgado como una araña al techo del paladar.

También es verdad que en poco tiempo mi cuerpo se ha ido
transformando. Mi predisposición al ataque nunca estuvo
tan alerta, voy tomando mucho más corpulencia y vigor.
Siento que me han crecido los colmillos, pero, sobre todo,
he comenzado a ver y oír en tres dimensiones, como si me
hubiesen salido otros dos pares de ojos y orejas. Cada día

me despierto más poderoso y feroz, más sanguinario. Siento que cada minuto que pasa mi sed de crueldad es más intensa y se va agudizando mi necesidad de exterminio. ¡Atención! Escucho un ruido. Se acerca. Es un taconeo de pasos, que me son familiares, subiendo la escalera. Mi antiguo amo hace girar dos veces la llave en la cerradura.

ECOPEYA

En una época ella también tuvo un nombre, un cuerpo juvenil y un rostro limpio y fresco, de sugestiva belleza. Su gárrula boca sensual, por la que un parloteo constante servía de cortejo fúnebre al silencio, sólo encontraba saciedad y reposo en el movimiento de otros labios dispuestos al vagabundeo espontáneo de la charla, los calambures de un diálogo chispeante o las intimidades de la confidencia.

Nadie hubiera pensado, al escucharle, que esa voz afelpada y sonora, de acento cálido y efervescente discurrir, por la que solían llamarle “la driada que no sabe callarse cuando se le habla y responde sin que se le dirija la palabra”, iba a ser su perdición.

Porque pérdida hubo. Hubo condena y hubo incluso ejecución. De eso no cabe duda. Su pena, además, fue severa. Aunque por un delito no del todo esclarecido. Francamente, ¿es posible llamarle a eso delito? La charlatanería es un acto —más que delictivo— compulsivo. Una alienación que embota, con su narcotizante verbosidad, los sentidos. Algunos mitólogos dicen que esta desdichada ninfa (se la recordará como “la pobre Eco”) padeció, en una antigüedad remota, de un mal hartado moderno: se le iba la lengua; su voz cobraba vida propia y salía disparada; nada la podía frenar.

Al parecer lo suyo era una suerte de noviciado oral (o meretrícia lingüística), sin afanes de lucro: obraba por el libre chismorreio entre todos los seres humanos, más allá del idioma o dialecto, en favor de la llana perorata banal y universal.

Con todo, a la luz de los siglos no se entiende por qué Hera lo tomó tan a mal. Es verdad que la ninfa la distrajo, con su cháchara, de la implacable vigilancia con que marcaba los pasos de su divino consorte. Pero no hacen falta grandes dotes aritméticas para calcular que los engaños del olímpico ya eran incontables, o presumir que a esa altura ella misma empezaba a estar de vuelta de las escapadas de su voluble congénere.

Mírese como se mire, la sentencia —como en general todo lo que a esta diosa atañe— sigue pareciendo desproporcionada: “... de esa lengua, con la que he sido burlada, se te concederá una facultad mínima y un muy limitado uso de la palabra”. A todas luces un fallo exagerado y brutal: la ninfa nunca volverá a hablar, salvo para repetir los últimos sonidos fallecientes de las palabras que acaba de oír.

Y como una desgracia nunca —ni siquiera en las leyendas— viene sola... la expiación de la condena tendrá lugar en circunstancias agravantes, pues al primer castigo le sigue otro más amargo: el desamor.

En efecto, nuestra pobre Eco se enamora locamente del cazador Narciso, y al ser despreciada por éste comete lo que podría llamarse un suicidio escenográfico, ritual: se abandona de sí. Totalmente desilusionada, deja que su cuerpo se vaya consumiendo poco a poco, abatido y anémico, con la febril languidez de los últimos rayos de sol al poniente, hasta que por fin sólo quedan la voz y los huesos. Estos últimos se transforman en roca.

Y de esa roca, aún hoy, su cristalina voz sigue fluyendo como un triste maná.

Ahora bien, cabría preguntarse: ¿autodestrucción real o

simulacro? ¿Huelga de oxígeno, de respiración y latido, o simple puesta en escena para armonizar con la coreografía de la leyenda?

Ese detalle importa poco. Lo que cuenta es que, al filo de los siglos, el sacrificio de Eco ha sido recompensado. Yo tengo para mí que ella sólo se desintegró por fuera, en superficie, pero por dentro se agrandó y aferró como una sanguijuela al sustrato esencial que une pasado y futuro en un único parpadeo sonoro, una repetición armónica vibrante, sin edad.

En tal caso, su condena habría sido al mismo tiempo su absolución y, si se quiere, hasta su desagravio, ya que pese a la brevedad de su tránsito sobre la Tierra le permitió hacerse con el tesoro más codiciado por todas las civilizaciones, en todos los continentes y todas las épocas: la eternidad.

Eco ha logrado mantenerse indemne siglos y eras, a través de guerras, plagas, catástrofes y genocidios, desastres de origen natural y humano, desde un remotísimo ayer hasta el incierto, el acústico hoy, donde su voz sigue sonando altiva, al diapasón de una música fuerte y necesaria que brota de la tierra, incorruptible como un risa homérica.

Algo de alguien

*Garde ce qu'il faut d'ectoplasme pour
paraître "leur" contemporain*
Henri Michaux

GÉNESIS DE ALGUIEN

Alguien fue, porque sí, sin motivo aparente. Alguien brotó del estallido de un obús al interior de un recuerdo a punto de ser olvidado. Un segundo después hubiera sido tarde. Quién sabe por qué Mnemosina, progenitora de Musas, decidió rescatarlo, en pugna con el sano juicio y los postulados de la evolución, a sabiendas de que la posibilidad de inspirar con ello una metáfora era menos que nula.

Alguien quebró con su sinrazón la cáscara de un huevo imaginario. A fuerza de dislates y figuraciones hizo explotar la membrana de un cigoto ficticio, cargó a la espalda del sueño sus dos gametos oníricos y, allí, cual traspíe deslizándose por el tobogán del absurdo, fue parido. O mejor dicho, expelido, como una ventosidad... al ser.

Así es que se trata de una criatura excepcional, concebida en un momento de profunda alteración del orden lógico, la doctrina científica y el sentido común. Más que con estupor, con bochorno, aceptamos que su eventualidad sea una afronta para la teoría darwinista; menos que como disculpa, a título de declinación de responsabilidad, proponemos que ésta sea considerada como el resultado de un desliz ontogénico, un gazapo maligno (pero también, por suerte, irrepetible) de la fisiología, por cuyo medio la esencia tal vez haya querido mostrarnos su lado punitivo.

A este contrasentido obedece la volubilidad de Alguien, su torpeza para congeniar con lo que entendemos por mundo real. De ahí, también, su capacidad (o monomanía) de tergiversación, desmesura y camuflaje, infeliz resultado del

saberse un equívoco, una hazaña crapulosa del azar. En su escala de valores no entran ciertas categorías elementales como posible e imposible, vileza o virtud.

Su singularidad es mimética, su paradoja, ideal.

Difícil es decir a ciencia cierta lo que es (sólo nadie, su antónimo, lo sabe).

Porque, en realidad, Alguien es un enjambre de múltiples ausencias, un anterior postergado, un retardo precoz.

No, Alguien es abundancia por déficit, escasez por exceso torrencial. Una migaja del menos con un restante del más, pero sin pizca de ambos. A un tris de casi nada y, sin embargo.

No, Alguien es, del efecto, la causa; de la excepción, la regla; de la materia, el quark; de lo previo, el testimonio póstumo, y de la pobre razón, su desmentido, su burla y su lapidación.

No, Alguien es un epicentro desalojado de sismo, un paisaje achicándose sin que uno se aleje, o que de pronto se nubla, relampaguea y duele, como una astilla clavada en el talón agonizante del crepúsculo.

No, Alguien es la armonía que culpa y absuelve la disonancia, es la revelación de una verdad futura, como la errata de un texto todavía no escrito.

Porque, en realidad, Alguien es tanto y es tan poco, es tan genérico, lato, garrafal, que ni siquiera es lícito llamarle con el nombre de Alguien. En adelante le llamaremos Al.

PASATIEMPOS DE AL

I. Hocus pocus

Por lo menos una vez al mes, aunque con mayor frecuencia durante la primavera, cuando el vuelo alocado de las golondrinas atiza su inspiración, Al consagra una parte de su tiempo libre a la siguiente actividad, mezcla de arte poligráfico y ornitología.

Primero piensa la palabra. Ésta debe ser arisca, germinal, pero sobre todo aún inexistente; no ha de estar consignada en ningún diccionario en ninguna lengua; debe no haber sido nunca pronunciada ni escrita, jamás transmitida oralmente por dialecto o voz vernácula alguna. Es preciso, además, que sea volátil, alusiva, con algo de pájaro adentro. Al cabo de mucho pensarla y pensarla en diversos contextos, latitudes y climas, la palabra se va delineando, como los detalles de una placa fotográfica van tomando relieve en la cubeta de magnesio al ser revelados. El magma original de consonantes y sílabas mudas, sin asociación ni identidad, empieza a vestirse de nombres y connotaciones, se va rellenando con los atributos del ave en cuestión, con la sutil filigrana del plumaje y los rebuscados diseños de su vuelo.

Después Al rompe los lazos entre su propia voluntad y la palabra, corta el cordón umbilical que gobernaba su deseo de crear, con las argucias del verbo, un pájaro, y la suelta. Entonces la palabra se hace cargo de su gestación y acuña. Del embrión alfabético brota un zumbido. A éste le sigue una secuencia de casi imperceptibles trinares y gorjeos. Como

una crisálida que rompe tímidamente el capullo, una burbuja de plumas se enquistaba en el aire, temblorosa, vibrante, se irisa y chisporrotea con tenues gemidos acústicos, hasta que por fin estira las alas y levanta el vuelo.

“En un principio fue el verbo” –parafrasea Al, mientras mira alejarse, con orgullo paternal, el nuevo ejemplar volante de lenguaje.

II. Sólo pétalos

Ni Félix ni Canela. Ni Coloso ni Manchita ni René. Su aspecto y su personalidad son muy distintos de los del animal faldero. Su magro hábitat se circunscribe a la repisa de la chimenea. No ladra maúlla gorjea –de hecho, no emite sonido alguno. Su capacidad natural de comunicación y seducción es nula. No hace en absoluto compañía. Su carne es indigesta. Su piel no sirve para confeccionar abrigos, zapatos, sombreros. Sus uñas glándulas tendones son ineptos para fabricar jarabes, cosméticos, perfumes. Carece de encanto y de textura emocional, así como de cualquier utilidad ética o estética, protectora, mercantil, recreativa y de cualquier utilidad a secas.

Es la mascota de Al.

Dos veces por semana en verano (una el resto del año), de preferencia al oscurecer, Al sale a dar un largo paseo con Metzli, su fetiche azteca, Diosa de la fertilidad. Es una estatuilla de granito amorfa sin ojos sin orejas, con un tajo por boca y dos minúsculos agujeros a guisa de nariz, casi sin brazos ni piernas, prácticamente sin tronco, todo barriga y sonrisa beatífica –Oh magnánima Diosa, tuya es la muda voz de la verdad.

El recorrido del paseo debe incluir el mayor número posible de jardines, macizos y canteros con flores de corolas opulentas, porque a ella lo que más le gusta en este mundo profano es comer pétalos. Los olfatea a distancia. Es su debilidad. Nada hay más infalible que su brújula gástrica. Apenas huele desde lejos el aroma su paso se acelera, se disloca, al

irse aproximando su sonrisa fulge con una traviesa llamita interior. Una vez arribada a la fuente del sumo placer abre grande, muy grande la boca —como el lobo del cuento— y empieza a devorar.

Pocos segundos después Al se verá obligado a tironear, insistente, cada vez con más fuerza y porfía, de la correa enganchada al collar precolombino, para tratar de despegarla del vergel o la maceta en cuestión, de donde habrán ido desapareciendo con rapidez todos los pétalos. Pues de no controlar el banquete, es decir, si la dejara a su aire, cegata como es, la pobre, ella no sería capaz de distinguir y se comería todo el resto. De las flores, o el árbol. De la respetable bota del jardinero, o el delantal a cuadros de la señora que grita aterrorizada.

Y eso sí que no. ¡Ah, no! Tampoco hay que abusar. Sólo los pétalos. Pues de otra manera Metzli sería, más que una curiosidad, un paradigma, como el chiste de la pulga vegetariana. Todo el mundo conoce el chiste de la pulga vegetariana, ¿verdad? Justo es reconocerlo, no tiene mucha gracia.

III. Correspondencia

Frivolidad, tópico, lugar común, llámese como se quiera. Es un hábito híbrido, a horcadas entre la recreación y el anhelo. Por la mañana muy temprano o al atardecer, cuando la oscuridad albea a rayones de tiza o la paleta del rojo planta un nido bermellón en el pecho del celaje, Al pasea a la orilla del mar, despreocupado, apretando bajo el brazo su botella. “La poesía es una botella echada al mar” —evoca, antes de lanzarla, con la voz inconfundible del bardo de los Cárpatos, cuya palabra nunca fue trivial. Dentro de la verde barriga de vidrio el papel secretea su misiva, siempre igual, repetida en centenares de cartas flotantes, sucinto legado de Al a quien recoja un día la botella. ¿Qué dice el mensaje? Imposible saberlo.

Para eso habría que estar del otro lado, al vértice del mar, donde las olas resecan su quebradura en llanto, o en un costado roto de la espuma, aguardando la hora en que las algas, como signos taquigráficos, escriban sobre el agua su poema.

ARREBATOS ARTÍSTICOS DE AL

I. Plástica

En las primeras fases de su incrustación, cuando acababa de abandonar la cáscara, el simple frotamiento con el prójimo podía lastimarlo... Una mirada vengativa le anticipaba un cólico, un gesto de desprecio le provocaba jaqueca o congestión, y de una mueca de odio, por espontánea que fuese, por más franca ponzoña que destilase su maldad, necesitaba días para recuperarse.

Ahora ya no. Cuando un rostro se torna agresivo, dañino o amenazador, lo desarticula minuciosamente y lo vuelve a armar, como si se tratase de un puzzle —con distraída cautela, acompañada de algo que bien podría llamarse perversidad filantrópica—, modificando los rasgos y órganos o atropellos faciales que sea menester. Una pequeña entalladura por aquí, una muesca por allá (al serrucho sólo apela en casos terminales), ayudadas por un toque de benevolencia injertado en la expresión, bastan para disfrazar el despecho de melancolía y darle a la crueldad un aire de civismo. Más que de destreza bélica, todo es cuestión de recorte, mensura y collage, con una pizca de talento artístico.

Esa incursión estética de la fantasía en el aburrido orden terrenal suele tener un resultado luminoso que lo reconcilia con la comunidad. En cuanto al intervenido, es decir, el propietario del rostro malhechor... nunca falta un desconforme para lanzar acusaciones de ocultismo, vileza o depredación. Es fácil criticar. La gratitud exige más nobleza de ánimo

que el anatema. Y Al tiene la conciencia en paz. Sabe que nada puede hacer para evitarlo, cuando, por exceso de celo quirúrgico, se le solivianta el bisturí. Entonces el rostro que contempla embelesado, una vez roto el capullo de vendajes, puede tener una marcada tendencia al cubismo, en cuyo caso los rasgos se amotinan para violar todas las leyes de la proporcionalidad, o bien inclinarse hacia el vandalismo biológico y abundar en matices expresivos, como un clon de marsopa y ornitorrinco, pero con ojos de lemur, o un chimpancé tirando a dromedario, a liquen, a lombriz.

II. Pintura

Hojeando un libro sobre los maestros del color, Al higieniza los poros y le saca punta a su sensibilidad. Su predilección son las marinas. Puede pasar largo rato observando el embate de las olas contra el acantilado borrascoso de un cuadro de Turner o el furor de una batalla de galeones sobre un mar ensangrentado por la paleta de Van Der Velde.

Al mismo tiempo se entera de cosas fascinantes. Por ejemplo, Hokusai había predicho que si la fortuna prolongaba su vida hasta los 110 años, lograría que en un solo punto trazado con su pincel de cola de tejón cupiese todo el mar. El pobre hombre, como era de prever, murió antes de cumplir su profecía. "De todos modos —reflexiona Al— seguro que era un poco exagerado, tanto en lo que respecta a su escala geométrica como a sus aspiraciones de longevidad. Aunque es verdad que ahora, gracias a los adelantos de la tecnología, suelen verse momias caminantes, por ahí. Lo esencial es durar y durar y durar, no importa cómo ni a expensas de qué. Tal vez al oriental le tocó la época errada. Si hubiera nacido en esta... quién sabe. Quiero decir, vaya uno a saber si no hubiera perpetrado su amenaza."

De pronto, asistido por un impulso fraternal, en una solidaria combustión de su alma creativa con la del pintor japonés, Al decide sondear la viabilidad del propósito. No obstante, reducirá en unos grados de magnitud su pretensión: si el mar no cabe en un solo punto del pincel, quizá pueda hacerlo en el paralelogramo de una tela. Manos a la obra. Unas horas después, impoluto en su túnica blanca, Al

embadurna, extasiado, la tela indefensa, con severos brochazos del azul más cerúleo, más empedernidamente azul. A cada nuevo asalto de su esgrima van surgiendo mareas, oleajes, rompientes, flujos de pleamar cada vez más vívidos sobre la tela que empieza, poco a poco, a supurar, va filtrándose en espesos goterones y, anegada, se larga a chorrear, como si las costuras del lienzo cedieran bajo el peso del océano y un súbito torrente clamara tempestad.

Ya no es el dulce mar en calma chicha, cuna cromática de añiles y turquesas sometidos al brusco litoral de un marco. Ya no es el mágico recinto de Iemanyá, con su sinfonía de caracolas tristes como acordeones náufragos y sus adustas ciudadelas de coral. Es el líquido invasor, la legión transparente que se atifona y avanza para expandir su dominio sumergido.

Muy a pesar del entusiasmo, cada vez mayor, que en Al provoca su descubrimiento del arte pictórico, el charco que se extiende alrededor de sus piernas, hundidas hasta la rodilla, le hace sospechar que podría estar pasando algo raro. Esa aguda intuición pronto se ve corroborada por una ráfaga violenta de granadas de espuma contra el endeble fortín del caballete, el cual se tambalea y da brincos, desparramando medusas y serpentinillas de algas. Cuando la superficie de la tela, ya inflada como un globo, amenaza con desbordarse en maremoto, Al da por concluida su obra y sale desprovisto por la escalera del edificio inundado, nadando a brazadas enérgicas, escoltado por un cardumen de pececitos fosfóricos. Detrás suyo cabalga un calamar a grupas de un celacanto, seguido por dos belugas en naturalísimo acto de acoplamiento y una familia de mantarayas despistadas.

II. Pintura

Hojeando un libro sobre los maestros del color, Al higieniza los poros y le saca punta a su sensibilidad. Su predilección son las marinas. Puede pasar largo rato observando el embate de las olas contra el acantilado borrascoso de un cuadro de Turner o el furor de una batalla de galeones sobre un mar ensangrentado por la paleta de Van Der Velde.

Al mismo tiempo se entera de cosas fascinantes. Por ejemplo, Hokusai había predicho que si la fortuna prolongaba su vida hasta los 110 años, lograría que en un solo punto trazado con su pincel de cola de tejón cupiese todo el mar. El pobre hombre, como era de prever, murió antes de cumplir su profecía. "De todos modos —reflexiona Al— seguro que era un poco exagerado, tanto en lo que respecta a su escala geométrica como a sus aspiraciones de longevidad. Aunque es verdad que ahora, gracias a los adelantos de la tecnología, suelen verse momias caminantes, por ahí. Lo esencial es durar y durar y durar, no importa cómo ni a expensas de qué. Tal vez al oriental le tocó la época errada. Si hubiera nacido en esta... quién sabe. Quiero decir, vaya uno a saber si no hubiera perpetrado su amenaza."

De pronto, asistido por un impulso fraternal, en una solidaria combustión de su alma creativa con la del pintor japonés, Al decide sondear la viabilidad del propósito. No obstante, reducirá en unos grados de magnitud su pretensión: si el mar no cabe en un solo punto del pincel, quizá pueda hacerlo en el paralelogramo de una tela. Manos a la obra. Unas horas después, impoluto en su túnica blanca, Al

embadurna, extasiado, la tela indefensa, con severos brochazos del azul más cerúleo, más empedernidamente azul. A cada nuevo asalto de su esgrima van surgiendo mareas, oleajes, rompientes, flujos de pleamar cada vez más vívidos sobre la tela que empieza, poco a poco, a supurar, va filtrándose en espesos goterones y, anegada, se larga a chorrear, como si las costuras del lienzo cedieran bajo el peso del océano y un súbito torrente clamara tempestad.

Ya no es el dulce mar en calma chicha, cuna cromática de añiles y turquesas sometidos al brusco litoral de un marco. Ya no es el mágico recinto de Iemanyá, con su sinfonía de caracolas tristes como acordeones náufragos y sus adustas ciudadelas de coral. Es el líquido invasor, la legión transparente que se atifona y avanza para expandir su dominio sumergido.

Muy a pesar del entusiasmo, cada vez mayor, que en Al provoca su descubrimiento del arte pictórico, el charco que se extiende alrededor de sus piernas, hundidas hasta la rodilla, le hace sospechar que podría estar pasando algo raro. Esa aguda intuición pronto se ve corroborada por una ráfaga violenta de granadas de espuma contra el endeble fortín del caballete, el cual se tambalea y da brincos, desparramando medusas y serpentinas de algas. Cuando la superficie de la tela, ya inflada como un globo, amenaza con desbordarse en maremoto, Al da por concluida su obra y sale despavorido por la escalera del edificio inundado, nadando a brazadas enérgicas, escoltado por un cardumen de pececitos fosfóricos. Detrás suyo cabalga un calamar a grupas de un celacanto, seguido por dos belugas en naturalísimo acto de acoplamiento y una familia de mantarayas despistadas.

Dicen las malas lenguas que una semana después de este episodio Al cambió su valija de óleos y su caballete por una escafandra.

III. Literatura

Al quiere aprender a escribir como los grandes; con ese propósito asiste a un taller del que transcribimos una grabación.

“El antídoto más eficaz para combatir el síndrome de la página en blanco es la determinación. Eso sí, ésta debe ser inquebrantable, hacer oídos sordos a las lastimeras ofertas del arrepentimiento y el perdón. A primera vista la contienda parece abusiva: en una esquina el autor, insignificante y miniaturizado de pavor, en la esquina opuesta la insondable, feroz hostilidad de toda esa blancura. Suena la campana del primer asalto. ¿Qué debe hacer nuestro autor? Exactamente eso: proceder. Manteniendo presente la consigna ‘Por algún lado hay que empezar’, decirse: aquí, por ejemplo, y apretar de inmediato el gatillo verbal, antes de que salte la excusa. “Ella es joven y esbelta, con su cabellera color ámbar agitada por la brisa y sus grandes ojos almendrados que titilan, confiados, aunque con un dejo de melancolía...” Y sí, ¿por qué no? Lo importante es empezar. Aunque, bueno, es verdad que eso del color ámbar... Mejor le teñimos el pelo de fucsia, para ganar en contrastes. Veamos. Perfecto. Ahora un poco de encuadre para que la imagen no quede flotando y se nos arrebate en blanco, un toque de belleza escénica para apuntalar: “... sobre la platinada superficie del lago”. Si, sí, de acuerdo. Pésimo. Le borramos la cursilería platinada. O le agujereamos el bote, a ver qué pasa. No, el bote todavía no. Por el momento dejamos el lago y el bote, ya es bastante.

Además, si ella misma no se digna hacerlo, alguien va a tener que remar. Nos adentramos entonces en terreno más íntimo: ¿quién será —acaso ya es— el galán remador?

A esta altura ella está que se muere de ganas de contarle: “Cuando la mirada se posa sobre las rudas manos de su atleta, el hijo del carnicero, quien manipula los remos con la misma destreza sensual con la que lo ha visto descuartizar un buey...” Y... sí, muy romántico, romántico, que digamos, no es. Pero sobre gustos, en este mundo, ya se sabe. Adelante. Tal vez un poco menos de pudor en el arrobamiento. Algo así como: “... siente montar por sus venas un torrente de pasión.” Bravo. Claridad expresiva. Hipérbole convencional pero eficaz.

Suena la campana del segundo asalto. En una esquina la hoja ya de negro maculada, acusando los golpes del ataque frontal; en la otra, exultante, con vanidosa pero merecida autoestima, nuestro autor, que a duras penas se puede controlar. Quiere seguir y seguir, para siempre, tejiendo los hilos de su trama: “Tan violento es el ardor que la devora, que en sus fornidos brazos se dejaría llevar por los agujeros negros del espacio sideral”. Ah, mire usted. ¿Así que es eso lo que quiere, la salvajona? Nada más fácil: le hundimos (ahora sí) el bote en el lago, procedemos a instalarla en una flamante nave espacial, recién pintada, con el hijo del carnicero adentro, y la embarcamos en un romántico paseo por la galaxia.

“Entre cuerpos celestes y nubes cósmicas, obnubilados por el esplendor, los amantes se acunan el uno en los brazos del otro, cada vez más fogosos, apremiantes, inermes ante el poderoso llamado del deseo.” Oh, la fragilidad de la carne. Oh, dulce melodía de la voluptuosidad... La cosa está

empezando a ponerse interesante. Claro que, con toda la numerosa tripulación mirando... Y esos horribles tableros de neón... Ellos necesitan intimidad. Sea. No tenemos nada en contra. Es más, estamos muy a favor. El hijo del carnicero: “Mi cielo, mi nebulosa, mi vía láctea, ¿por qué no hacemos una paradita en uno de esos astros para relajarnos un poco?”

Ella: “Excelente idea, cariño, te lo iba a proponer.”

El hijo del carnicero: “¿Prefieres Berenice o Casiopea? ¿Nausicaa o Aldebarán?”

Ella: “Elige tú, mi supernova, que tu capricho sea mi voluntad.”

Y así la narración prosigue amena, picaresca, versátil, sobre las firmes pautas que nuestro autor le ha impuesto. Todo lleva a pensar que el desenlace, pese a ser imprevisible (nunca se insistirá bastante en este punto, im-pre-vi-si-ble, como todo desenlace verdadero), conducirá no muy lejos de un lecho nupcial. En el mejor de los casos, claro está. Porque tampoco hay que dejar de lado los imponderables, los virajes insólitos, las sorpresas que toda improvisación puede acarrear. Por ejemplo un fallo mecánico irreparable en el motor de la aeronave, un choque astronómico, la tremenda explosión resultante de un accidente interestelar.

Al sonar la campana del tercer asalto los focos se ponen a guiñar. Alboroto. Griterío. Confusión. El cuadrilátero se nubla. Por un costado del Ring vuelan placas de fuselaje y cuero chamuscado y pedazos de miembros sanguinolentos que parecen humanos. Los altavoces exhortan al público a abandonar en orden el local.

Fin de la partida; cosas que pasan. No olvidemos que las *belles-lettres* sólo son un reflejo, a veces ilusorio,

otras veces más que fidedigno, del mundo real. Como es lógico, la pregunta que inevitablemente acudirá entonces a todos los labios será: ¿qué ha ocurrido con la emprendedora pareja de amantes? ¿Habrán sucumbido o logrado escapar con vida del horrible siniestro? Una cosa es segura: nuestro joven autor será quien más lamente tener que esperar al próximo taller para saberlo."

HAZAÑAS DEPORTIVAS DE AL

I. Salto mortal

Para combatir la modorra, a modo de entrenamiento físico e intelectual, Al se ejercita en "Purificar la Marioneta". Con su traje de circo, rutilante en colores y tachonado de vistosas lentejuelas, sube por la tembleque escalera de cuerda hasta el peldaño más alto, donde lo espera enganchado el trapecio. Después de unas cuantas flexiones de brazos y piernas se aferra al palo horizontal y se lanza al vacío, sin la menor vacilación, para iniciar una ronda de balanceos cada vez más altos, complejos, temerarios. Una vez que su cuerpo ya ha entrado en calor y los músculos, alertas, en perfecta sincronización, gratifican su esfuerzo con todas las piruetas que es posible concebir, toma un último impulso para alcanzar el punto de ascensión máximo y en ese preciso instante abre las manos.

Su caída casi vertical (¿es necesario aclarar que no hay ninguna red abajo?) sigue las leyes del movimiento rectilíneo forzosamente acelerado. Antes —sólo un segundo antes— de que su cuerpo vaya a entrar en contacto con el piso, es decir a estrellarse y reventar contra el piso, Al retira su alma.

En la calidad de la sustracción está la clave del efecto catártico. Para que la purificación ritual tenga su influjo liberador, el alma debe ausentarse sin compasión ni rencor, sin ansiedad ni congoja, mas con plena conciencia de sus prerrogativas. Sólo así podrá sacar provecho de la catarsis y domeñar la Marioneta. Cuando todo marcha bien el alma se

entrega, fascinada, a los placeres de la levitación. Entretanto el cuerpo aguarda, impaciente pero conciliador, inmovilizado en postura embarazosa y obligado a levitar, a escasos milímetros del suelo, hasta que el alma da por concluido su retiro. De todos modos, ¿dónde podría ir el cuerpo, solo?

II. Impostura

Debido a la compleja —y hasta ahora inexplicable— sinapsis de sus células nerviosas, así como a su estrafalaria partitura genética, el intervalo que separa el pensamiento del acto puede ser, en Al, de una infinitésima de segundo. A veces le basta pensar en algo para que su cuerpo responda con atlética, pasmosa inmediatez. Esta mañana, por ejemplo, mientras se afeitaba, pensó fugazmente: “En este mundo en el que todo marcha del revés, acaso lo mejor sería hacer lo propio”. Dicho y hecho, al salir del baño se sorprendió caminando de cabeza, es decir, sobre las manos en vez de los pies, patas arriba.

“Ligero contratiempo” —se dijo, un poco molesto, recordando su cita con el Paladín de la Razón esa misma tarde. “Pues a mal tiempo, buena cara —convino. No tendré más remedio que llamar y pedirle que venga él aquí, para discutir el asunto con más intimidad.”

Puntual como el aguijón de una cicatriz con las primeras lluvias, a las quince en punto sonó el golpe en la puerta. Al abrió y se sostuvo sobre el brazo izquierdo mientras con el derecho intentaba hacer un torpe gesto de bienvenida. El jerarca, escoltado por sus dos mirones, frunció el ceño, sin atinar a decir nada coherente, y apoyándose en el vano de la puerta ladeó el torso y la cabeza, hasta alcanzar casi la misma postura inversa que su anfitrión. Con la gravedad que exigía el caso, el Paladín miró a Al. Al miró al Paladín. (Los mirones, para no ser menos, miraron a ambos, inquisidora y sucesivamente.) Este último preguntó sin rodeos: “¿Quién

ha sido el autor de este acto terrorista?" y penetró a grandes pasos en el salón, haciendo caso omiso a los murmullos entrecortados de Al.

"Sí, sí, ya veo... No necesito explicaciones. Esto es... ¡Hja...! ¡Como si no lo supiera...! Esto es la obra de... ¡Hja...! Salta a los ojos: esos depravados del Instinto han atacado de nuevo, ¿verdad? Y a nuestro miembro honorífico, esta vez. ¿Eh?" El rictus que le transfiguraba la boca, al parecer advertido de su impudicia, buscó remedo en una contorsión forzada de urbanidad que su voz sólo logró transmitir a medias: "Usted... tranquilo. Yo me encargo de arreglar la anomalía. Los voy a demoler, a esos excitados... Van a enterarse quién soy, esos fornicadores públicos, enemigos del civismo, de la moderación y el recato... En menos de lo que canta un gallo les hago volar todo, puede creerlo. Voy a dinamitarle los estímulos. Les voy a demoler la libido, con todas sus licencias y sus libertinajes, si hace falta, pero le aseguro que pronto lo devuelven al estado normal, con los pies en la tierra y la cabeza en... hm... su sitio, arriba del todo, como una persona decente."

Ante esa declaración de guerra clásica (aunque marginal), no desprovista de cierta originalidad ontogénica (aunque filogenéticamente repetitiva), Al se siente incómodo, en una posición comprometida. Pero no desde el punto de vista metabólico —eso de caminar patas arriba empezaba a divertirse— sino moral: preferiría no ser la chispa que reaviva el viejo antagonismo entre la Razón y el Instinto. Conocida es la nocividad de una ruptura de equilibrio entre esos dos tiranos de la psicología. Las palabras no bastan —hay que actuar. Por consiguiente, Al se aísla en un rincón y se

concentra, con la devota entrega de la fe, en creer y creer, piamente, que en este mundo recto, donde todo camina derecho, acaso lo mejor sería hacer lo propio.

III. Regata

Para las personas muy tímidas, categoría emocional a la que (como tal vez el lector haya adivinado) pertenece el protagonista de esta crónica, las urbanidades de rutina que exige la vida en sociedad pueden resultar con frecuencia engorrosas y terminar por convertirse en un calvario. Así que, justificadamente, Al no se cansará nunca de agradecer el hecho de haber venido al mundo dotado de recursos.

Cuando alguien le hace, por ejemplo, una pregunta embarazosa o indiscreta, o bien cuando una circunstancia dada lo pone demasiado en evidencia, en vez de ponerse colorado como un tomate y balbucear frases incoherentes, Al rema. Si el venerable anciano que ahora cruza la plaza en su dirección, pongamos por caso, lo detuviese cordialmente para interpelar:

“Disculpe señor, ¿tendría usted la gentileza de indicarme cuál es el camino a este mismísimo lugar?” En vez de torturarse intentando vencer su reticencia a responder preguntas idiotas, Al rema.

Ante la duda o la incapacidad de tomar una decisión capital en el momento oportuno, Al rema. Si el camarero del restaurante le pregunta qué va a servirse en tono perentorio, mucho antes de que él lo tenga resuelto, Al rema. Si al terminar de comer el Chef que se pasea fisgoneando entre las mesas inquiera si la cocción del entrecot estuvo acorde con su gusto, y lo estuvo, o no lo estuvo, Al rema. Si mientras toma el café entra un agente de tránsito y pregunta: ¿quién es el propietario del semáforo que está mal aparcado en la

esquina? Al rema. Y así sucesivamente. En la panadería o la oficina de correos, en el autobús, a veces incluso estando solo, como para no perder la costumbre, Al rema. Se podría decir que algunos días se la pasa remando.

Por supuesto que nunca va a faltar una mente sagaz que comente con maliciosa perspicacia: “Lo de remar está muy bien, sobre gustos no hay nada escrito. Cada loco con su tema. ¿Pero el agua para hacer flotar el bote, de dónde la saca? ¿Surge por arte de magia?”

¡Qué va! ¡De ninguna manera! Viene junto con el río de Al o, más precisamente, lo constituye, es la masa de su río, que acude a la más leve invocación. Porque el suyo es un río diligente, servicial, de curso precavido y apacible, sin otra pretensión que la de atender puntualmente el llamado para volcar su caudal de aguas pacíficas con imperturbable solicitud. Su río es manso como un arroyo e indolente como un gato de porcelana gris. Cuando no está de servicio se limita a fluir sereno por las habitaciones de la casa, en las que ya conoce de memoria todos los sesgos y escondrijos y bifurcaciones, de modo que nunca estropea ningún mueble ni causa otro perjuicio que alguna esporádica mancha de humedad. ¡Cuántas molestias le ha ahorrado! ¡Y con qué desinteresada generosidad! ¡Pero sobre todo, a qué velocidad vertiginosa se transporta y materializa! A juzgar por la inmediatez de sus apariciones, hasta cabría afirmar que es un río automático, si no fuera porque —como todo el mundo sabe— tal cosa no existe ni podrá existir jamás. Ya bastante es aceptar un río itinerante, pero convencional, como para complicarse aún más con uno moderno. ¿Verdad? ¿O habría que pensar, acaso, que tanto río y tanto remo no son más que las

maquinaciones enfermizas de un lunático, urdidas sólo para fastidiar? Al rema.

TRIBULACIONES DE AL

I. Cuestión de amoldarse

Cuando volvió esa noche a su casa, fatigado y disperso por las emanaciones de un vino generoso y una tediosa velada, Al se acostó, vestido, y se durmió de inmediato. No fue sino al día siguiente, al despertarse y acusar la resaca, cuando constató la falta: había perdido su molde.

Si levanta un brazo el puño sale disparado arrastrando su abrupta secuencia de antebrazo codo y hombro, hasta los confines de la habitación. Si estira el cuello su cráneo abandona la confortable redondez que ceñía las ideas y se dilata en elípticos romboides de geometría liberal, se bambolea hacia aquí, para allá, de una pared a la otra, hasta chocarse contra el cielorraso. Cuando intenta aventurarse a la posición vertical su cuerpo se rebela, se expande, achata, helicoidea, o bien se prodiga en curvaturas indecisas, como una espiral acomplexada por no haber ascendido nunca al infinito.

Si logra levantarse, al intentar dar un paso, cada uno de sus pies decide marchar en dirección opuesta y se obstina en tironear, jalar, cinchar, hacia allá, no, para aquí, no, hacia el otro lado. Delincuencia motriz; confabulación del engranaje locomotor.

Y eso no es todo. Se le han despegado las líneas de la mano. Antes de borrarse de la palma, llevándose consigo salud fortuna amor y más que brillante futuro, se declararon con insolencia mal lavadas y manifestaron su repugno a pasarse

la vida esperando que se cumpla, o no, quién sabe, el destino predicho por la malagueña del ojo de vidrio.
Y como si eso fuera poco, por falta de aceite mental, se le ha trancado el manubrio.
¿Dónde vamos a ir a parar con esta falta de consenso?
¡Un poco de solidaridad, mi amigo!

II. El más acá del más allá

Como fingir que has apagado la llama de la vela entre los dedos pero escondes el pabilo, disimuladamente, para soplarlo en el aniversario de la luz. Como mirar por el agujero del misterio hasta inventar la cerradura. Como creer una mentira dicha con franqueza, en santo y seña de que el rito comenzó.

Es una fantasía común, populachera, rayana en la vulgaridad. Algo de estúpido tiene, de acuerdo, pero de estupidez pueril, sin maldad. Ni siquiera con visos de fantasía sexual. Más bien horizontal. Esa es la palabra. La suya es una fantasía horizontal.

Cándida fantasía de Al: tocar el horizonte.

Y no cualquier horizonte, además, sino éste (imagínate la yema de tu dedo que surge en el centro de esta página, rompe el papel, avanza por el salón la terraza salta para zambullirse en el mar y se posa en la línea difusa que separa este último del cielo): el único lugar que siempre contiene dos. Oficiante de márgenes. Mayúscula inicial de la separación.

Está escrito en las páginas de la geografía: lo verás y tu primer impulso será tocarlo. Le ocurre a mucha gente. Pero ¿has pensado que tu curioso tacto puede poner en peligro la redondez del planeta? Probablemente no. ¿Se te ha ocurrido, acaso, que esa magna magnitud cardinalísima se podría doblar, torcer, curvar, abollar... que podría incluso llegar a cortarse? Tampoco. No es de extrañar. Tendemos a creer que el horizonte es irrompible. Un samurai del paisaje. Una entelequia blindada, titular de un contrato de postal a perpetuidad.

Así las cosas, no está de más preguntarse por qué. ¿Te has preguntado tú por qué? ¿No? Pues no hay misterio: porque entre todos los accidentes topográficos, el horizonte es el más conjetural. Prácticamente carece de obviedad y por ende es, digamos, irresponsable ante sí mismo: no se inmuta por nada.

Le incumbe muy poco lo que tú puedas pensar a su respecto. Nosotros somos los irresponsables, para él. Somos nosotros los que tantas veces (más vale no decir cuántas) hemos sentido estas ganas abstrusas, irrazonables, lancinantes ganas de tocarlo, para comprobar la volatilidad de su ilusión.

Porque, lógicamente, su evidencia no es tanto material como abstracta. No es lineal sino esférica, o al menos ovoidal, como la Tierra, a la que rodea como una sortija de espeso humo de habano Montecristo. De ahí su parecido con el anillo de la serpiente cosmogónica, que pese a sus denodados intentos nunca llega a comerse la cola. Y a esa analogía imperfecta con el circuito obedece también su pérfida ubicuidad.

Pues si en ningún lado empieza, en lado alguno termina. Nunca puede abarcarse del todo, nunca del todo rebasar. Su proximidad se consume en lejanía. Al perderlo de vista nadie pone en duda que lo volverá a divisar.

A propósito: ¿es finito o infinito, el horizonte? Vaya uno a saber. Ésa es la interrogante que los astrofísicos intentan responder desde hace siglos. Sin éxito. Así que para no seguirle dando vueltas al asunto, han concluido: ¿qué más da? El concepto de infinito sólo sirve para calmar el temor del hombre por el más allá.

Además, la única forma de averiguarlo sería, justamente, tocarlo, agarrarlo y seguir su trayectoria hasta llegar, o no, al

final. Entonces se plantea un nuevo dilema, al parecer irresoluble: ¿cómo es posible acercarse si se aleja a cada paso, si su terca equidistancia marcha a grupas de tu propio andar? “Parece tan simple y sin embargo todo es tan complejo —se lamenta Al. Creo que esto empieza a resultar muy sofisticado para mí. Tal vez lo mejor sea no amargarse la vida con excentricidades. Eso es. Bien pensado. A la postre, lo más sensato es ignorarlo” —concluye.

Así que, si quieres un sano consejo: toda vez que a lo lejos vislumbres un horizonte, no te detengas. Por el contrario, aprieta el paso, sigue de largo, déjalo atrás. O mejor aún, echa a correr, a pata suelta, no se le vaya a ocurrir hacerte una broma pesada y te suprima el más allá, ese que tanto necesita tu más acá.

III. Gong

“¡Jo de la gran...! ¡Cha'su madre...!” fue la primer secuencia de palabras que vociferó Al en cuanto abrió los ojos, al sentir el contacto hostil del agua corriéndole por la nuca las orejas el mentón y encontrarse calado hasta los huesos bajo la violencia de un chubasco.

Un léxico muy pobre, estamos de acuerdo, muy poco decoroso —cuanto más en boca del héroe de la saga. ¿Pero, quién hubiera reaccionado de otro modo? ¿Hay alguien dispuesto a aceptar, acaso, que lo arranquen del sueño, así, de golpe, brutalmente, con un baldazo de agua en plena cara, sin lanzar al menos una palabrota? Se nos podría decir incluso que ese lenguaje vulgar está fuera de tono y es impropio para comenzar un relato. También estaríamos de acuerdo. Sobre todo porque este relato, en realidad, no empieza ahí. En algún lado hubo un desliz, una hipérbaton, en algún lado algo se traspapeló. Para explicar —sin ánimo de justificar— el alto tono trágico de ese lenguaje soez, tal vez tengamos que volver hacia atrás. Es decir al momento en que verdaderamente empieza el relato.

Era jueves de tarde. Nevaba. Ululante, el viento azotaba los tejados con las modulaciones de una elegía triste y ominosa como la cantinela de un chamán. Habida cuenta del clima, Al decide consagrar la tarde a meditar. Sentado en posición de Buda frente a una de las dos ventanas del salón, se pone a observar los copos con una paciencia metódica, voraz, invitando a su ego a fundirse en total armonía con cada copo y respirar por dentro de su levedad, en una predisposición de

ánimo inocente, a años luz de imaginarse que algo parecido iba a pasarle a él. Como la postura del yogui le produce calambres, cada pocos minutos se autoriza una pausa para estirarse y caminar a pasos lentos de un rincón a otro de la habitación, a lo largo de las dos ventanas separadas por el gran reloj de pie. Durante una de esas pausas tuvo lugar el hecho.

Sin advertencia alguna, sin gritar aguavá, la hora saltó del reloj y le clavó la aguja de su responsabilidad. No se escuchó tañido de campana. El cuco no cantó. Ni siquiera se oyó un agorero silbato de alerta. Apenas silbó el chorro del fluido al bajar por la jeringa con su terrible carga temporal. La transfusión fue cosa de segundos: Al recibió el pinchazo a la altura del cuello, sintió correr por sus venas un reguero letárgico y ahí se quedó, inmóvil, inoculado de tiempo, como una mangosta hipnotizada por un áspid. Un rato más tarde, cuando recobró el movimiento y el uso de sus facultades, se sintió flojo, desestabilizado, indiferente; pero cuando calibró la magnitud del fardo que le habían echado al hombro, sin el más mínimo reparo, como si se tratase de una picardía infantil, la indiferencia convocó al enojo y estuvo a punto de explotar de indignación.

“¡Esto es una jugarreta deshonesta!” —protestó mientras se arrancaba de un tirón la pequeña aguja y se enfrentaba al sarcófago del reloj de pie, cuya otra aguja pendía, yerta e inútil, marcando y media en punto. “Se supone que ahora yo debo emularte, ¿verdad? Convertirme en, digamos... algo parecido a... tu gong, ¿verdad?” —preguntó a la gran caja amarilla de abedul con relieves barrocos, la cual hizo honor a su título recién conferido de sarcófago y se exoneró del deber de contestar.

El obstinado —y culposo— silencio del reloj manco no fue óbice para que Al le explicara, en voz alta y tono magisterial, los motivos de su disensión: “Lo lamento, artefacto, te equivocas; ni que la propia eternidad viniese a suplicarme de rodillas asumiría yo ese triste papel. Servir de mojón al tráfico incesante de los hechos no es lo mío. Por ende, no voy a mover un dedo: que la duración y sus sicarios se busquen otro péndulo.” Y dando por concluido su alegato, cuya descarga no pudo sino dejar otra vez impertérrito al reloj investido de sarcófago amarillo, Al se acostó a dormir, reconfortado por no tener que pensar más en el fastidioso percance.

Es obvio, no obstante, que por honesta que haya sido su actitud, poco cabía esperar que eso bastara para virar el rumbo de la situación. En efecto, no lo hizo. La prueba está en que desde entonces ocurren fenómenos extraños, cuya arbitrariedad señala una ruptura en el continuum lógico de nuestro tejido temporal.

Ahora, por ejemplo, en medio de un día espléndido puede surgir una luna prepotente que se incrusta, con aire de matón, delante del disco solar y tapa todo, enfría todo, con el mayor desenfado. (Al, entretanto, duerme. A pata suelta.)

O bien los días empiezan a correr hacia atrás. Sí señor. Hacia atrás, sin apuro, casi lerdos, pero con la testarudez de todo recular que, íntimamente, se sabe censurable por haber estafado a la posteridad. Los astrólogos hablan de un revés del decurso. Los modernos augures, del retroceso a un porvenir venido a menos (¿querrán decir hacia atrás?). Los medios de comunicación —salvo por las infaltables bocazas— se

abstienen de comunicar. ¿De que serviría —se preguntan— si la novedad más reciente hace mucho que estará por suceder? (A todo esto, Al sigue durmiendo.)

O la propia duración se planta, radical, y dice: *terminus*. El acontecer va borrando, una a una, las evidencias del tránsito; lo ocurrido se niega a cargar con marca alguna de anterioridad. Entonces lo mismo da perenne que caduco; efímero y longevo pasan a ser sólo valores en cartera de la especulación. La posibilidad remota tiende al hecho consumado; el pronóstico a la recapitulación. (Y Al... como si tal... dale roncar.)

Así, como quien no quiere la cosa —o peor aún, como si fuese lo más natural del mundo —o peor aún, solapada, insidiosamente— el carácter de la anticipación va tomando criminales visos de mora. Toda expectativa guarda un desenlace archisabido. Nada es completamente novel o vetusto, precursor o zaguero, postremo o liminar. Bastante tiene lo que es, con ser, y seguir siendo, si en fortuna le toca, como para inquietarse además por su conjugación. El pasado es al presente lo que el futuro es a la eternidad, pero sin ton ni son, juguetes rotos en el bazar antojadizo del azar, como si al viejo Cronos le hubiese dado por roer, con su senil mandíbula goyesca, los tiernos huececillos de la edad.

Y cuanto más amenaza el efecto con desobedecer a la causa, menos llega a entonar la pregunta su signo de interrogación. Y cuanto más se desgañita el gallo, más afónico y rauco su pregón.

Sólo falta que el alba eche raíces de tizne, la noche se haga infiel a los poetas locos y el mediodía escriba, con su escalpelo mocho “Hasta la vista” sobre los muros de la postergación.

Pues en este orden de cosas cabe todo. Cabe, incluso, y ante todo, preguntarse: ¿será posible que ese holgazán siga roncando? O preguntarse: ¿hasta cuándo? O alzar los brazos y exclamar, anonadadamente: ¿¡Cómo puede dormir tanto!? Y suplicar, de rodillas, si es preciso: ¡Que alguien le tire un baldazo de agua en la cabeza!

OBSESIONES DE AL

I. Corriente de aire

“Alguien ha dejado en mí una puerta abierta” —gritó Al, y se incorporó en la cama, tembloroso, jadeante, bañado en sudor y con el corazón retumbando como la lonja de un timbal desafinado. Había tenido una pesadilla. “Alguien soy yo” —declaró a las calladas paredes de la habitación, con ánimo de reconfortarse. Y agregó para sí mismo: es evidente que alguien no puede dejar una puerta abierta dentro de alguien. Eso no sólo es absurdo, sino además tautológico. Le vino a la mente la imagen de un timorato que intentara esconderse detrás de su propia imagen en el espejo y eso le arrancó una sonrisa en declive, sin llegar a ponerlo de buen humor. Desayunó y salió a la calle dando un portazo.

No había cruzado aún la acera cuando advirtió que un objeto inanimado lo seguía. Rudimental y ufano, emancipado de su servidumbre, el macizo cilindro de la cerradura avanzaba flotando a sus espaldas, digno y resuelto a no dejarse amilanar por los rigores del desplazamiento. En su trayecto inelegante había algo de grácil; pese a la enorme fuerza de voluntad que le exigía perforar el aire, con un contoneo laborioso, para surcar toscamente el espacio como un insecto metálico, era evidente que ningún argumento terreno hubiera sido capaz de disuadirle.

Atormentado por un presentimiento, antes de voltear la esquina Al ya había tomado una decisión. Se volvió súbitamente y, sin perder un segundo, aferró con la mano izquierda la cerradura, introdujo la llave con la derecha y la trancó.

II. Influencias de estilo

Ciertas lecturas calan tan hondo el espíritu que pueden llegar a ser obsesivas, e incluso ligeramente traumáticas, aunque a veces con un efecto secundario creativo, por cuanto magnifican nuestra aptitud para hacer el ridículo. Desde que terminó de leer ese libro, Al no puede evitar responder si por casualidad alguien grita "Gregorio", o darse vuelta, receloso, cuando oye el graznido melancólico, aunque sea distante, de un grajillo.

En un momento se preguntó, consternado: ¿cuántos días, semanas, con suerte cuántos meses pasarán antes de que empiece a reptar por las paredes y a escabullirme entre las ranuras del parqué? ¿Cuántos antes de que festeje mi ingreso en la gran familia de los ortópteros con un banquete de inmundicias putrefactas en el basurero comunal?

Afortunadamente, al ir pasando el tiempo advirtió con alivio que se había dejado inquietar por una falsa alarma. Esa no era su estrella. No le han brotado tres pares de patas a ambos lados del abdomen ni le ha surgido un par de antenas filiformes por la frente. Además, al menos hasta donde llegan sus conocimientos de entomología, nunca se ha visto una cucaracha de tonelada y pico, con esa armadura de escamas córneas de color pardo verdoso y un par de afilados cuernos sobre el hocico, o con esa cresta de púas sobre el lomo, como la que carga desafiante a la hora de cazar, para no hablar de su temible cola de anillos espinosos rematada en un letal dardo punzó.

III. Del dicho al hecho

"Por un clavo se pierde una herradura" reza el dicho español, dando a entender que la negligencia de un detalle, por insignificante que parezca, puede dar lugar a grandes pérdidas o causar una desgracia. El mismo proverbio en inglés es aún más drástico: por falta de clavo cayó el reino (*for lack of a nail the kingdom fell*). No sólo una herradura, ni siquiera el caballo, la mula, o la caballeriza entera, sino el reino. Nada menos que un reino.

Con esa perspectiva, no sería vano suponer que en muchos otros idiomas el clavo figurase también en un sitio de honor entre los productos básicos y ocupase un lugar conspicuo en las gradas de la sabiduría popular. Su utilidad no puede ponerse en tela de juicio; es un adminículo fundamental, un nexo metálico de vocación aglutinante, indispensable para sobrevivir.

Poco estrafularia, entonces, la ocurrencia de Al: martillar un buen clavo en las paredes del cielo. Debe ser un clavo largo, usado, un poco torcido y de preferencia con marcas de herrumbre, un clavo veterano, sabedor de intemperies y curtido, es decir el prototipo del clavo juntador, capaz de mantener el todo unido con el todo. Por eso es importante, al elegir su ubicación, hacerlo con la mayor cautela. Hay que encontrar un ángulo de claro azul estratégico, con una que otra nube polimorfa, algún flechazo de ave migratoria por aquí por allá, pero más bien bajito, fácilmente accesible, al alcance de una mirada distraída.

Así cualquiera podrá tenerlo a la vista, levantar los ojos y

reconfortarse con su presencia tutelar, unificadora, pedirle consejo espiritual y recibir los efluvios benéficos de su impregnación, lo cual ayudará sin duda a reducir el número de barbaridades que se cometen, a lo largo y a lo ancho del planeta, la mayoría de ellas tan inútiles y tan perfectamente evitables.

ROMANCES DE AL

I. Canibalismo infuso

Mientras le daba un beso, se tragó, sin quererlo, su fluído vital. ¡Glup! ¡Zrag! ¡Hjrc! —disertaron sus tripas bullangueras con el súbito festín. Al escuchar los graves del *rubato* ella se turbó levemente, sin alcanzar a sonrojarse, desvió la mirada y dibujó, con sus encantadores labios de tiza, una sonrisa tímida, inconclusa, como un vuelo de faisán cortado por una bala. Su boca se inmovilizó, perenne en la sumisa afirmación de su caducidad, sobre la curva imaginaria de una pincelada de Vermeer, mientras se dejaba mecer en el vértigo de su propia caída. Sus dos labios, heridos por la ingravidez, elocuentes dentro de su mutismo, temblaron, como si a partir de ellos toda su voluntad hubiese ya empezado a disecarse en el regazo gélido del mármol. Su lozanía se fue deshilvanando en trazas de lividez. El ritmo de su respiración, su aliento, el fuelle de su hálito mismo, se transformaron en alas de música. Se fue desmoronando su perfil. Su silueta primero, pero no desde fuera sino a partir del centro, y su masa después, como una luminiscente medusa expuesta a los rayos del sol, saltaron ágiles las gradas de la visibilidad hacia la transparencia.

“¡Qué poco ha quedado de ella! —se dijo Al mientras agrupaba los minúsculos granos de su montoncito de ceniza. Apenas estos míseros copos de luz.”

Tras recoger los despojos los amparó en el cuenco de las manos, imitando el gesto de un niño que intentase proteger

contra el viento un penacho de diente de león, los levantó a la altura de la boca, inspiró hondo y sopló.
“Ahora tú vives en mí y yo vivo en ti —dijo con un sentimiento que vagaba entre la aflicción y el contento, mientras las finas partículas se desperdigaban, hasta desaparecer sumando su invisibilidad al aire. Ya no es preciso abrir los ojos para vernos”.

II. Conjuro

Lo deserta la noche, le huye el bálsamo del sueño, lo aguijonea el escorpión de la vigilia. “¿Cuándo vas a volver? —le pregunta al vacío, mirando la Luna que cuelga en el ángulo superior derecho de la ventana. ¡Yo sé que puedes, si quieres, yo sé que vas a volver! Me pregunto si algún día volverás... Porque sin tu presencia, sabes, uno se siente equívoco, como un mal mal elegido para doler. Un mal acostumbrado a la alegría, por tu culpa. Pero yo sé, lo presiento. ¡Yo sé que vas a volver!”

Ansiedad. Pesadumbre. Desazón. Salta a los ojos: Al se siente solo, solidario únicamente con su melancolía. Tan solo que hasta sería capaz de ponerse a declamar. O escribir un poema amoroso, edulcorada y empalagosamente lírico. ¿Y si lo intenta? Sería una manera de aprovechar ese momento de gracia. Así que toma la tiza y escribe, acucillado, sobre el suelo. Su mano resbala por las baldosas gris pizarra con la destreza lúdica de un escolar dibujando una rayuela:

*multiplicada en poros te desprendes
como un pájaro herido por la hoz de su vuelo
hasta el goce limítrofe del tacto que adivina
cuando la sangre es llama que no quema...*

“¡Oh mieles de lenguaje! —declama, ahora sí, maravillado. ¿Así que esto era poesía? ¡Haberlo sabido antes! ¡Quiero vivir adentro!

Tú eres el antídoto contra la seducción del embeleco.

Tú eres el embrujo contra el hechizo postizo.”
Según cabe inferir de lo que sigue, Al identifica—como le ocurre a tanto hacedor de versos— la poesía, ese término por suerte inmoviblemente femenino, con Ella, su musa, epítome de lo dador de vida. Y esa fusión de identidades lo estimula para proseguir, con renovada inspiración, su monólogo. “Revélame algo más, vida mía. Descúbreme tu parva inmensidad. Quiero abrasarme en el fulgor de tu mirada, la que pronto soplará de la luna su llama hasta la oculta faz. Te lo suplico, cariño: di tu nomenclatura de vocales alcaicas. Deja escuchar tu salva de ácidos benignos. Voy a esperarte, ¿me oyes? Yo sé que llegarás. Como una mano traza en el aire un semicírculo para mostrar que puede con el resto, llegarás. Con la rotunda evidencia de quien dice “He llegado”, tironeada por la sombra bondadosa de tus brazos, abiertos como pausas, para grabar una Y en la memoria. “He llegado —dirás. ¡Qué dulce es hacer oscuridad contigo!” Con tu ávido yo unánime y tu resaca fresca, llegarás, con tus oleajes de abundancia repentina. Con tu intemperie hacia dentro desatada, llegarás, con el granizo de tus ojos desleído allí donde transparencia cumple su promesa. Llegarás, aunque sea para desencantar mi despedida. Voy a esperarte, ¿sabes? Yo sé que llegarás. Porque si no lo haces te robaré del silencio y me trancaré con llave dentro de tu voz. Me fundiré en tu imagen como en la piedra el liquen, para que ninguna fuga, ningún adiós nos toque, y resbalaré por tus pestañas en el rocío de un amanecer cautivo, sin después. Seré una roca al borde del camino para que tu sombra al pasar me acaricie.

¿Porque pasarás por aquí, verdad? Al volver, digo, si vuelves...
¿No es cierto que vas a volver? Pero ¿cuándo acabarás por decidirte, vida mía?
¿Vienes o qué? Porque estoy empezando a cansarme... ¿oyes?
Y si no vas a hacerlo... ¡pues no lo hagas!
¡Sal de una vez, entonces, vete para siempre! ¡Abandona mi cobijo y echa a andar!
Desértame también, si es lo que quieres, pero fecundada en olvido.
Claro que, antes, cariño, no seas mala y devuélveme los libros que te he prestado, los discos que te has ido llevando y mi litografía de Klee, esa a la que ibas a hacerle un marco de bambú.
O bien, pensándolo mejor, ¿sabes lo que te digo? ¡Quédate con todo y déjame conjurarte en paz!”

III. Estado de sitio

Lo suyo fue un amor a primera vista. Desde el instante en que la vio se dijo: "Tengo que poseerla, así me cueste la vida". Entonces arrojó sus filamentos, desenrolló redes y tramas, lanzó bien extendida su armazón de fibras y cordajes y desplegó sus nervaduras hasta cercarla íntegramente sin dejarle otra opción. En realidad no podría decirse que haya sido difícil vencer su resistencia; ella tardó poco en entregarse a los ardores de la tórrida avanzada. Después vivieron una larga temporada de pasión hasta que, como suele ocurrir en este mundo ingrato, la llama se fue debilitando y acabó por apagarse totalmente. De ahí su sorpresa al llegar esa tarde a casa.

"Tengo una maravillosa noticia para darte —exclamó ella, toda excitada, apenas Al había atravesado el umbral de la puerta. ¡Vas a ser papá!" Acto seguido se agachó ligeramente, con cara de circunstancia, encorvada pero sin llegar del todo a acuclillarse, mientras se recogía los amplios faldones del vestido y —¡Pluc!— puso un huevo.

El pequeño cuerpo redondeado, de color azul celeste y tamaño un poco mayor al de un avestruz, cayó sobre la alfombra y efectuó una serie de balanceos en un principio enérgicos y luego cada vez más perezosos, como una moneda al escaparse de un bolsillo, hasta quedar inmóvil.

"¿Estás segura respecto a la paternidad de este huevo? —preguntó Al con delicadeza, pues intuía que se avecinaba una tormenta y se sentía un poco culpable por su infidelidad. No recuerdo que hayamos jugado a la Oca últimamente."

"En efecto, es para señalártelo. Y por si no lo sabías te aclaro que para nosotras, mártires del sentimiento, poner un huevo es sobre todo una cuestión de estado de ánimo. A reserva, claro está, de haber almacenado en algún momento los gametos necesarios para la fecundación. Y tú y yo en una época hicimos abundante acopio —suspiró, sollozando— ...antes de que te largaras a trasnochar por ahí."

No había terminado aún de pronunciar esa última frase que ya se agachaba de nuevo, en la misma postura y con idéntica cara de circunstancia, y —¡Pluc!— ponía otro huevo.

"...cuando yo ocupaba por lo menos un sitio amable en tu vida —¡Pluc!, terno.

...y no sólo formaba parte del mobiliario, como ahora" —¡Pluc! ¡Pluc!, ¡mellizos!

Un par de horas después Al ya no puede caminar por la habitación sin premeditar cada paso por temor a masacrar un huevo azul.

"¿Cómo voy a salir de esta? —se pregunta, aunque sin tener tiempo para alarmarse realmente pues la elevada temperatura dentro de su casa, cuya calefacción hubo que subir varios grados para que cumpla la función de incubadora, le provoca un irresistible sopor. Mientras se recuesta en el sofá, dejándose llevar por la somnolencia, su mente alcanza a bosquejar una última idea que de inmediato toma forma de chaleco salvavidas: siempre se puede recurrir al *omelette*".

TRAVESÍAS DE AL

I. Equipaje

Lo importante es viajar. Poco importa hacia donde. Se trata de conocer mundos y gentes. Surcar mares, océanos, recorrer continentes. Nutrirse con las bellezas naturales y escénicas y arquitectónicas, absorber el mensaje profundo del arte, las leyendas y mitos, el folklore, los ritos fundacionales de las civilizaciones. Lo importante es viajar. Después llegará el resto. La sabiduría es su colofón. Cuyo texto declamará después la persona viajada, con fondo de violonchelo, para hacer gala de una conversación interesante en sociedad y dejar estupefactos a los amigos.

Con ese credo en mientes Al apoya, desde adentro, la nariz a las vitrosas puertas automáticas de Kwoni, para comprobar si afuera ha parado de llover. Estas se abren: en el cielo los restantes nubarrones se van deflecando, abatidos, en filigranas de índigo y carmín. Ha aclarado el chubasco. Es hora de volver a casa. La próxima vez intentará no olvidar el paraguas.

Con ese mismo credo en la retina apura los pasos, recorriendo con el índice de la imaginación cada una de las fotos que le aliviaron la espera. Y a cada paso el gusanito horada más adentro. Cuando la llave entra en la cerradura ya todo está decidido.

Una vez terminada y —con ayuda de los consabidos glúteos— cerrada y trancada la valija, Al se frota las manos, contento con la perspectiva del viaje, saboreando de antemano su

evasión. Pero en el momento de guardar el pasaporte en el bolsillo de la chaqueta lo asalta la duda. ¡Aha! Ha olvidado un pequeño detalle: el material de lectura. ¿A quién se le ocurre viajar sin llevarse sus libros, para los módicos goces del intelecto después de mucho andar? Así es que abre la valija y mete sus tres bibliotecas adentro.

¡Menuda distracción! ¿Cómo no lo había pensado antes? Para poder leer correctamente necesita su sillón y sus pantuflas, su vaso y su aperitivo preferido, además de la lumbre del fuego crepitando a su lado, con las roncas vocales de su aliento de bosque, hasta consumirse en un susurro lastimero. Vuelve a abrir la valija. Reflexiona. Con el fin de evitar nuevas sorpresas, contratiempos, dilaciones de último momento, mete la casa entera adentro.

Claro está que la casa, así, tan desolada, tan ayuna de barrio y vecindad, tan desprovista de torres y avenidas, monumentos y próceres, así amputada de su histórico legado... ¿Por qué no? Sólo hay que aprovechar mejor el espacio: alcanza con doblar y acomodar un poco las camisas para que el país entre holgadamente. Eso es. ¿Y el continente? Por supuesto, no vamos a andar ahora con minucias... Tengamos amplitud de miras. De este lado van Europa y Asia y Oceanía, del otro caben África y América, y ya que estamos, todas las superficies, masas y cuerpos marinos. Y aún sobra lugar. Para la luna, por ejemplo. Las estrellas. Empujando por aquí se le puede hacer un hueco al firmamento. Por allá al sistema solar, el éter y sus agujeros negros.

“¡Uff! —resopla, al fin, nuestro precavido explorador. Ahora sí cupo todo... Menos mal.

Salvo que... ¡Zut!... ¿Será posible que... ¡Zut!... ¿Dónde

está Zut? (Ya se barruntaba él que estaba faltando algo.)
¡Falta Zut! ¡Nada menos que Zut! ¿A quién se le ocurre, sin
Zut? No, así... ¡no! Lo siento. Así no vamos a ningún lado.”
Y sin embargo hay tanto para ver... Y el tiempo pasa tan
rápido...

II. Excursiones

Suele ocurrir cuando menos lo espera: de pronto mira alrededor y el contexto ha cambiado radicalmente. Nada es igual que antes ni se parece a lo que fue un segundo atrás. En un parpadeo el entorno familiar ha desaparecido tras la súbita ofensiva de lo extremo.

Inútil que Al se pregunte “¿cómo diablos he venido a dar aquí?” o que se ofusque y pierda el norte. Después de haber vivido, a pesar suyo, muchos de estos episodios de excursión psicofísica espontánea, se ha ido acostumbrando (aunque no sin el mismo inicial desconcierto) a su singularidad. Sabe que su deber es apreciar el aspecto didáctico —y por ende enriquecedor— de la anomalía, intentar no percibirla como una aberración sino como una ofrenda del lado secreto, oblicuo, de las cosas, una irrupción de lo insólito en los distritos de la verosimilitud.

De modo que, haciendo caso omiso a los reclamos de la perspectiva, Al avanza resuelto, con ostensible libertad de movimiento, por los bordes del acantilado que acaba de abrirse bajo sus pies, a medio camino entre el salón y el infinito borrasco que ocupa el lugar donde una vez estuvo la cocina.

“Basta con otear sesgado para engañar al vértigo” —se recomienda el socrático Al, haciendo de tripas corazón, mientras camina a ciegas sobre la nada inmensurable del abismo hasta un punto en el que su figura desaparece por completo. En general el abismo se lo traga un rato y lo devuelve, digamos, en un par de horas, cuanto mucho antes de terminar la jornada.

Al nunca ha hecho el menor comentario ni la más mínima alusión a lo que vive en sus visitas al mundo del otro lado. Ese es su secreto. La fuerza del hábito ha querido que estas excursiones ya no le molesten ni lleguen a sorprenderlo. Pero lo que sí le molesta es cuando le quedan rondando por la boca, como estrofas de una canción pegadiza, tres o cuatro palabras inconexas en un idioma estropajoso y gutural, migas de voz que para imponerse y ser escuchadas se arropan con declinaciones al fondo de la garganta. Entonces desde allí hacen sonar las cuerdas vocales con un chillido cónico que permanece vibrando en el aire, agorero, procaz. Es como la queja de un violín desalmado, un estribillo respirando sin aliento entre los poros del lenguaje, con un tono que se parece a su voz, pero doblada por un espectro que bien podría ser el de otro. Una voz redundante que no llega a decir; que habla y no llega a decir.

III. Turismo mineral

A veces la Tierra se toma demasiado en serio esto de rotar y trasladar. Muy al pie de la letra, con excesiva literalidad. Es como si de repente padeciera un ataque bulímico de rotación y traslación. Entonces todo empieza a andar más rápido, como en una película proyectada en cámara ligera, cada vez con mayor celeridad, mientras los contornos van perdiendo nitidez junto con la inteligibilidad de los actos y los hechos, y parece que el mundo se hubiese puesto a girar y avanzar enloquecidamente, sin sentido.

Hacia donde tuerzas la mirada verás pasar muchedumbres agitadas, presurosas, sin un minuto que perder, corriendo empujadas por la barahúnda en pos de un insignificante poder ilusorio. De izquierda a derecha, en cualquier dirección, pasan ráfagas veloces de temblor y vértigo, en hordas extraviadas como buques fantasmas, sin timón, o en enjambres confusos que no saben ni quieren saber adónde van ni cuál es el motivo de su empeño, salvo adorar la unánime, la estúpida prisa.

El alboroto y la confusión, ancestrales aliados del pánico, comulgan para formar un carnavalesco desfile: desgarbados jinetes sin montura galopando en la estela de un centro cosmológico perdido, turbamulta de hombres y mujeres sometidos, lacayos al servicio de un ente superior, incognoscible, como augures y sibilas en el insatisfecho templo del deseo, subastadores de prótesis de seguridad o placer, girando dentro de un remolino confuso de almas en pena que intentaran cruzar, sin conseguirlo, el istmo que separa mentira y verdad.

Y se chocan y lanzan carcajadas, embriagadas con el vals delirante de su propio girar; y se empujan y siguen dando vueltas, hasta perder equilibrio y marearse y caer. Pero se ponen de pie nuevamente, para seguir corriendo, para seguir girando; y se aferran a su bitácora sin rumbo, sin poder, sin querer evitarlo.

Al conoce la canción: en tales casos de nada sirve ir contra la corriente. Pero como tampoco está dispuesto a marchar a favor o dejarse llevar por su impulso, antes de llegar al grado de saturación medular, es decir al nivel en el cual quedaría paralizado de absurdidad, y por tanto en situación inoperante, activa la enzima de la metamorfosis.

Su objetivo es la mutación suprema: darse de baja en el panal humano, cruzar del animal al mineral y —dando un salto prodigioso desde lo efímero hacia lo inalterable— penetrar, en cuerpo y alma, adentro de una piedra.

En ocasiones la transformación ocurre fluidamente, y sin proceso intermedio Al cae en estado de materia inanimada. Otras debe insistir un buen rato para que dejen entrar sus células foráneas en el hermético reino de la geología. A la larga, no obstante, se consuma el traspaso.

Absorbido por el espíritu calcáreo, basáltico o granítico, según los perfiles del terreno, o arrullado en el regazo de una caliza, cuando no imantado por las frías llamaradas de un yacimiento de rubí o de ópalo, Al se pone a cavilar.

Como una roca. Como un pedrusco al borde del camino. Como un guijarro silencioso, primordial. Al medita, ensimismado en su inorgánica otredad:

“Yo no tengo apuro —filosofa. Soy esta piedra y vivo en el ahora de esta piedra. En este ahora inmóvil e incesante, donde sobra después”.

RAPTOS METAFÍSICOS DE AL

I. Tanatofagia

Siempre había tenido la sospecha, pujante, inquisidora como el hocico de un hurón y corrosiva como una confidencia nunca develada. Pese a haberla descartado como una ligereza poco digna de atención, con el tiempo esa sospecha fue montando de rango hasta obtener los galones de intuición persuasiva, de presentimiento avasallante, casi testimonial, de jamás demostrada pero ya irrefutable certidumbre. Ahora no le queda ninguna duda: lo que vivimos no es vida que se va usando camino a la muerte, sino muerte que recula y día a día cede una porción del oxígeno que nos tocó en el lote.

Cuando hablamos de evolución, ese pasaje ritual de infancia a pubertad, de adolescencia a madurez a senectud, aludimos (de facto, aunque inconcientemente) no tanto a las etapas de la vida hacia delante, sino a las fases de la muerte hacia atrás. Nuestro ciclo vital no está hecho de vida que avanza; es muerte que recula.

La cantidad de años que esta última pasa en su receso (ergo la longevidad) depende de cuan acendrada esté en el individuo la creencia en el hálito fugaz. Cuando la muerte recorre todo posible trayecto hacia atrás, esa especie de bono que viene de yapa con el nacimiento, uno se la queda, fenece, estira la pata. Se muere. O mejor dicho, se le tranca la vida, porque la muerte ya no puede retroceder otro paso para hacerle lugar y entonces le toca el turno a ella.

Esta ambigüedad de la existencia, suerte de amalgama entre

el ser y el no ser, es lo que explica en parte nuestra sensación, tan familiar como incomprensible, de un vivir prefabricado, de estar residiendo "en el lado artificial" del devenir. Nos instalamos, de hecho, con una comodidad casi depravada, en una secuencia calcada sobre la imagen estándar de la vida, una vida serial, como recién salida de la horma.

Al despega los ojos de la pantalla, preguntándose si puso bien horma con hache. Si, la ortografía es correcta. Lee lo que acaba de escribir de un tirón, casi automáticamente, sin detenerse a pensar, compenetrado en sus ensoñaciones. Mira alrededor y va volviendo sin mucho regocijo a la realidad. De pronto se golpea la frente con la mano, como si hubiese recordado súbitamente una irreparable omisión, y exclama: "¡Carajo! ¡He perdido mi resguardo en los cascarones cósmicos de la ilusión!"

II. La llamada del Señor

No vaya uno a creerse que Al es impermeable a los dilemas de nuestra humana condición. Ni mucho menos: su avidez de saber y de conocimiento lo obliga a interrogarse, con el optimismo de los idealistas, sobre las encrucijadas del acontecer, acerca del cómo y el cuándo y el a santo de qué, y —en más de una ocasión— el quién me mandó a mí a meterme en este embrollo. Armado de su natural aplomo, sin desalentarse frente a la magnitud de la labor, Al busca, busca, como un sabueso abstracto, la idea comodín, la que abriría, con el metálico trinquete de una ganzúa, la cerradura de toda explicación.

Por eso devora, abstraído, incontables volúmenes de episcopal espesor. Al es un lector indulgente. Nunca pierde la esperanza de toparse, entrelíneas, a mitad del texto de un asterisco o en una breve nota de pie de página, con un signo inequívoco de la explicación. Y mientras lee, tumbado en el sillón de una de las ventanas que dan al jardín, permite que su espíritu comulgue con el del autor, lo autoriza a evadirse y viajar junto con él por países y épocas distantes, a compartir sus hallazgos como un interlocutor casual, alguien que andaba por ahí, matando el tiempo, acechando el porqué.

Tampoco vaya uno a creerse que es esa una labor pasiva. Ni mucho menos: en general no le da ni un respiro. Tomemos como ejemplo el día de hoy, consagrado a esta pesquisa. Cuando despuntó el sol en la isla de Éfeso, su matinal espíritu ya andaba, diligente, al paso parco de Heráclito el oscuro, cavilando junto con el maestro sobre la unidad de los contrarios.

Hacia mediodía, bajo el ardiente sol de Tebas, intentaba aprender con Tiresias a profetizar. No entrada aún la tarde, mientras tomaba ajeno en un café de rabinos de Amsterdam, jugaba con Spinoza a las carreras de arañas que éste cría, zalamero, en su cajón de eternidad. Por un pelo no llega en hora de visita al Asilo de Alienados, en Sils María, donde platicó largo rato sentado en un banco del parque con el autor de "Así habló Zaratustra", mientras observaba en los ojos vidriosos de su interlocutor quebrarse, como los cristales de un escaparate, la pretensión de captar y enunciar de una vez, para siempre, el fundamento inmovible de lo real.

Nadie se atreverá a ponerlo en duda: una jornada intensa. Ahora la luz empieza a declinar y Al decide poner fin a la lectura; cierra el libro. Mientras su mirada ambula por las vaporosas avenidas de follaje de un tamarindo, su mente lucha con un amasijo de contradicciones. ¿Existe de verdad mi idea comodín? —se pregunta. ¿O acaso la ganzúa sólo sirve para abrirle los ojos al sueño, aceptar el carácter precario de un mundo en el que Dios, si alguna vez llegó a existir, ha muerto repetidas veces? ¿Volverá algún día?

Suena el timbre: un uniforme gris exige el pago con recargo de una factura en mora. "Firme aquí". Súbitamente las cavilaciones de Al cambian de rumbo, bajan de los altos estrados de la religión y la metafísica para girar en torno a la cifra 127,45 con escandalizada practicidad.

III. Confesión

Imposible seguir ocultándolo. Ya no lo puede callar. Tiene que decirlo ahora, aquí, sin más rodeo, gritarlo a voz en cuello. Debe lanzarlo por fin a quemarropa, sin tapujos, ahora y aquí, vociferarlo a los oídos del mundo: por más que tiende y tiende, por más que, de verdad, honestamente, con toda el alma tiende y se exaspera y tiende, aún no ha llegado al ser. Apenas si es capaz de distinguir lo que es de lo que no es. Eso ya es algo. Ciertamente. ¿Pero cuándo va a llegar, quisiera que le digan, de una buena vez, al ser?

EL BESTIARIO DE AL

I. Los Perfilados

No importa de qué lado los mires, siempre están de perfil. En ellos la presencia abdicó en favor del sesgo. Su volumen no respeta las consignas más elementales de la proporción. Imposible culparles por no hacer sombra o vislumbrar, desde su ángulo alterno u obtuso, según las graduaciones de la circunstancia, lo que a ti te pasa desapercibido. Aunque dan la impresión de estar ensimismados, su abstracta lontananza es tanto más espuria por cuanto menos sujeta a verificación. ¡Intenta abarcar con ambas manos la elíptica impostura de su cráneo...! Estrecharás las manos al vacío, aplaudirás sin formar parte de la audiencia, abrazarás una risible pantomima de la nada.

Hace ya tres generaciones que sus ojos, como los de un lengüado, decidieron pasarse al mismo lado de la cara. Su lóbullo ocular pedunculado es indecente y giratorio, por lo cual gozan de total autonomía para mirar, con la desfachatada curiosidad de un camaleón, al mismo tiempo en sentidos opuestos. Ímprobos, latos, turbadores, como una baliza con el activador trancado, sus ojillos exploran el mundo visible en fugitivas secuencias de control, hasta que se diploman Expertos en la Percepción Periférica.

Enemigos acérrimos de la perspectiva, mantienen una encarnizada guerra fría con la proyección. Sumorales reductiva: toda exuberancia de la forma—ornamento falaz del contenido—puede (y debe) abolirse con el sometimiento a un claro

y meticuloso perfil. Petulantes —por timidez y mojigatería. Perniciosos —por saña y ocio y mala maña. Por excentricidad vulgares, y crueles por rencor y conciencia de culpa. El fogonazo de un relámpago puede convertirlos en gonococo. De ahí que, los días de carga eléctrica, tengan el gesto de desdén asiduo y el temperamento urticante. Su andar se hace más cauto y aerodinámico; tan veloz es la gesticulación y raudo el desplazar que cuando se mueven su espacio no ocupa más el tiempo.

II. Gargolismo

Las gárgolas viven en vilo. Esto es, encaramadas en su nicho, como una mueca al vacío. Muy poco les importa que la cornisa sea de mármol o alabastro, ni que su pedestal haya sido finamente ornamentado con arabescos godos, nerviosos como llamas, o grecas indolentes de austera simetría. Dan poco crédito al arte en cuyo nombre han sido modeladas, y la genialidad del escultor que cinceló su torva soberanía en una estatua, para ellas, hace tiempo que vive de la caridad de la historia. El rococó y el barroco le inspiran desconfianza; Le Corbusier, ni hablemos. La bizantina nobleza les da arcadas.

Tampoco les importa si su perfil adorna fortaleza, museo o catedral, alminares de plaza o de castillo. En realidad, a las gárgolas, todo les importa poco, siempre que altura y perspectiva se conjuguen para ver el camino por el que llegará su víctima. Desde allí esperan.

La gárgola es paciente. Sabe que sólo ha de quitar su pedestal cuando la lluvia lo ordene. Sus garras y sus alas necesitan tormenta. Sus imponentes muslos y su lomo, su plumaje calcáreo, su pescuezo, están entumecidos por la inmovilidad. Su garganta, sobre todo, espera lluvia.

Entretanto saca filo a la mirada: al sol del mediodía, sus ojos encandilan sin parpadeo ni lágrima. Su visión, dicen, es más fulminante que el rayo; tal vez por eso sea la única ave que éste evita en su trayecto (aunque también se dice —¡válgame Dios!— que es una gárgola, y no un águila, la portadora del rayo de Júpiter). Desde su oscuro atalaya dos pupilas, exoneradas de la gravitación, miran y esperan.

Toda gárgola sabe que tarde o temprano va a llegar el momento. Y cuando al fin una noche la tempestad se desate con el furor de un cataclismo... su estirpe revivirá. Invisibles al ojo desnudo, cientos de formas grotescas descenderán en picada sobre su presa, la que tal vez alcance a oír —sin comprender— el cielorrasso de la noche desplomarse con un aleteo basáltico o, en el mejor de los casos, a murmurar: “¡Maldita arquitectura gótica!”

Tal es nuestro (iba a decir trágico, pero sería exagerado)... digamos, nuestro satírico destino: desear lo inalcanzable, tratar de elucidar lo incomprensible, acabar no pudiendo eludir lo que ya es inevitable. A propósito: ¿es posible evitar una gárgola? ¡Qué va...! Siempre será demasiado tarde para eso. Como la discreta verosimilitud de la muerte, arropada con insinuaciones, la realidad de la gárgola sólo se comprende demasiado tarde. Es cierto, cabría esperar que esta horrenda criatura, al embestir, lance un aullido escalofriante, proclame su insaciable vocación depredadora. Pero no; es tan firme el lazo de su cofradía con la piedra, tan hondo ha forjado su pacto con el silencio mineral de los albores, que de su pico nadie oirá salir nunca un graznido. Ni vista ni descrita, sin jamás haber dado lugar a un testimonio, su razón de existir es un enigma. Atrevámonos, pues, a formular la pregunta: ¿cuál es la única prueba que tenemos de la gárgola? ¿Acaso tú también has percibido, bajo la candorosa sonrisa de un ángel, el rictus de su indecente burla geológica? ¿Te has preguntado por qué nadie ha visto un cadáver con evidencias claras de su ataque? La respuesta, me temo, hay que buscarla en la propia naturaleza del animal. Pues la condición de gárgola es transmisible o, si se prefiere, contagiosa.

Al igual que sus primas las harpías, estas aves nefandas son raptoras de almas. ¡Pobre de aquel que, agobiado por otros quehaceres o por simple embotamiento del espíritu, deje su alma vagando indefensa una noche de lluvia torrencial! Sólo que, a diferencia de las primeras, la sed de las gárgolas no se sacia con alma. Una vez puestas a la tarea se llevan todo. O más precisamente, lo transforman.

En efecto, una vez que la garra, el pico, o incluso una pluma entra en contacto con un individuo, éste se va petrificando y a los pocos segundos se metamorfosea en gárgola. ¡Oh momento de sublime expiación para el monstruo original! ¡Ya tiene uno de reemplazo! Apenas tendrá tiempo para acarrear el nuevo engendro al nicho que ella ocupaba hasta entonces, verificar la solidez de su equilibrio sobre las nuevas garras, todavía endeble con un dejo de humana reticencia, y alejarse volando rápidamente. El ser alado que parte, cumplido ya su ciclo y su misión sobre esta tierra, no es una gárgola: es un ángel.

Este rito asegura la continuidad de la especie, un sinfín de querubines en techos y muros de las capillas sixtinas, y el respeto de los ilustrados por las divinidades de la superstición.

III. La Arena

“Danos hoy –nuestro circo; danos hoy– de cada día; danos hoy...” –entona, en *pianissimo*, un grupo de lobeznos, para matar el tiempo en la cola de la boletería. La elefanta budista sonríe, encantada con la ocurrencia, y para expresar, de algún modo, su aprobación, agita dos lánguidas orejas azules como si fuesen las velas de una fragata. Sus tres elefantitos barritonan con un chillido ronco de tubas hidráulicas. En el puesto de atrás en la fila, un pulpo mantiene los paquidermos a prudente distancia con sendos tentáculos, mientras con los demás protege a su sobrino hipocampo. Al principio curioso; tras un breve escrutinio alrededor, espantado, y al cabo curioso otra vez, bebé canguro asoma y esconde, con llamativa intermitencia, dos periscopios azabache de la bolsa marsupial. Cuando la pantera que aguarda a su lado en la cola lo advierte, bosteza, le dedica un gruñido maternal, levanta una garra e intenta hacerle un arrumaco, que bebé canguro recibe con franca indignación: saca la lengua y se hunde en su gruta portátil. Mamá canguro pone cara de circunstancia y golpetea, golpetea, con su menudo pie de Polifemo, sobre la grava, sin saber muy bien porqué. Dos sirenas relucientes, una albina y la otra veteada, entablan una animada conversación con dos aguiluchos moros –de aspecto dudoso– mientras avanza la cola.

A la entrada un cangrejo oblitera billetes con ambas pinzas. Apenas franqueada la puerta se escucha el bullicio general. Confetis amarillos, verdes, rosa, voladores. Butacas indefensas maculadas con pegotes frescos de algodón en rama.

Rezongos. Chistidos. Alguna que otra bofetada. Poco a poco la excitación se va aplacando y cede unos decibeles a la música de fondo. Entonces cuatro focos de neón giran como las antenas de un insecto extraviado y convergen en el centro de la pista. Por un vestíbulo lateral hace su aparición el pingüino, Director del Espectáculo, que avanza lenta, precaria, casi milagrosamente, con la majestad de una butifarra embutida en un esmoquin. Aplausos. Reverencias. "Bienvenido... Bienamado... Público..." Reverencias. Aplausos.

La función empieza con la célebre danza de las medusas. —¿Son mosquitos? pregunta lagartija junior con cara de hambre, alargando su lengua protráctil, al ver las lámparas chinas repletas de noctilucas que los murciélagos sostienen colgados del techo.

—¡Sácate la lengua de la nariz y no hagas preguntas tontas! responde con espíritu didáctico la reptil bicentenaria que lo acompaña.

Salvo por algún desliz de orden técnico (los peces payaso que nadan por el aire, haciendo gorgoritos, con un color que va pasando del lívido al morado, dan la impresión de no estar del todo en su elemento) el show avanza sin mayores desatinos.

El búho ilusionista saca de la galera una hormiga de 27 metros que, vista de cerca, no es otra cosa que un rudimentario ciempiés cámbrico.

Las jirafas acróbatas, montadas en zancos, hacen incomprensibles piruetas circulares, como si debido a un error caligráfico en el programa se hubiesen visto obligadas a actuar como giraldas.

El rinoceronte funambulista se mantiene, impávido, en lábil equilibrio sobre el filo de la tarde.

El concurso de llamas alpacas vicuñas y guanacos, organizado con el fin de determinar cuál de estos rumiantes escupe más lejos más alto más grande y viscoso gargajo, es declarado írrito y sin ganador, ya que un esputo verde en el ojo del árbitro descalifica a este último para ejercer funciones de perito ocular.

Hasta que al fin llega el número que todo el mundo esperaba, la mayor atracción y el orgullo del circo: los Osos de Baviera domadores de homínidos.

A un chasquido del látigo van saliendo, una a una, de la jaula, extrañas criaturas deformes, irrisorias, con ojos inyectados de pavor y odio. Su andar degenerado revela un fallo evidente en los mecanismos de la evolución. Por su mirada fría de carbúnculo negro, como chispas letales, sanguinarias, mordientes, afloran destellos inmorales de depravación. Un nuevo latigazo les ordena desfilar por el semicírculo para que el público admire, con un sentimiento mezclado de curiosidad y estupor, a esas aberraciones de la naturaleza, testimonios de un equívoco zoológico perverso. El oso mayor que dirige la *troupe*, engalanado con un par de anillos de oro en el hocico y un pañuelo de gitano a puntos carmesí en el cuello, se acerca al grupo de fieras y obliga a avanzar de una estocada a un par de *Ardipithecus ramidus*. Entretanto el primer oso asistente, sigiloso pero diestro, les suministra una descarga eléctrica. ¡Oh milagros de la locomoción: los antropoides se yerguen sobre sus dos patas traseras y caminan, tambaleantes, emblemáticos, dos metros y medio!

La ovación hace temblar las lonas del capitolio.

El segundo oso asistente acerca una antorcha al tinglado y enciende los aros de fuego. Cuando el *Australopitecus robustus* está a punto de saltar a través del aro más alto la tensión llega a un clímax. El silencio es tan denso que casi podría cortarse como gelatina de fresa. Y de hecho, se corta, de golpe, se atriza. Y aún más, se hace añicos y queda flotando, amplificado en el aire, cuando desde un palco reservado se escucha el terrible comentario:

—“Mira, mamá, se parece a Lucy”.

Un espécimen hembra de *Australopitecus afarensis* se desvanece en el acto y cae del taburete desplomado. El *Homo habilis* lanza un rugido desgarrador. Eras de humillación y oprobio, siglos de miedo ancestral, sufrimiento y vergüenza parecen fusionarse en ese grito. De inmediato un fornido *Homo ergaster*, conmovido acaso por el recuerdo fugaz de su media naranja cavernícola en un valle apacible del alba pleistocénica, o bien por la simple nostalgia del sabor de la carne rasgada a dentelladas brascas y certeras, da un brinco, aferra de un tirón el pañuelo del oso mayor y le aplasta el cráneo de un zarpazo. La visión y el aroma, el color y la tibia espesura de la sangre fluyendo actúan como un detonador. Un *Homo sapiens sapiens* —el más nocivo exponente de la raza— se adelanta resuelto, empuja a su vago pariente de un codazo, abre las fauces y devora al oso mayor como si fuese un peluche azucarado, un endeble figurín de mazapán. Ya no es posible evitar la hecatombe. Enloquecidos, los antropomorfos se lanzan, con la sed de una insaciable libertad, hacia las gradas, masticando todo lo que encuentran a su paso. La carnicería es atroz. El festín es casi metafísico. El resto

es mera especulación, ya que por fortuna no es de lamentar ningún sobreviviente.

Eduardo Laureiro

Algo así

ALBATROS

Librairie Latino-Americaine



Ediciones Malvario